



**LA REVANCHA**  
(1930)

**Agustín Vera**

**LA MATRACA**

**22**

## PRESENTACIÓN

*Agustín Vera nació en Acámbaro, Guanajuato, en 1889. Vivió después en Puebla; más tarde en Aguascalientes, y desde 1900 hasta su muerte, acaecida en 1946, radicó en San Luis Potosí, por lo que es común considerarlo potosino. Hizo estudios en el Instituto Científico y Literario y en la Universidad de San Luis; obtuvo el título de abogado en 1914. Fue juez y magistrado del Supremo Tribunal de Justicia del Estado. En la escuela de Leyes de la universidad tuvo a su cargo la cátedra de derecho internacional privado, y en la preparatoria, la de literatura preceptiva.*

*Vera fue lo que antiguamente se llamaba un polígrafo: intentó el cuento, la novela, la poesía, el teatro y las leyendas. No obstante, durante mucho tiempo la crítica destacó solamente Leyendas potosinas; y sólo años después se revalorizó su importancia dentro de la novela de la Revolución. La Revancha, publicada en 1930, y por tanto contemporánea de La sombra del caudillo, muestra un menor interés que ésta por el universo del poder y sus dramáticas, implacables consecuencias, que por las pasiones amorosas de sus protagonistas.*

*La acción transcurre en la época que va de 1914 a 1917: Carranza y Obregón (y junto con éste el llamado Grupo de Sonora) logran vencer a los ejércitos campesinos de Villa y Zapata, sobreponiéndose a una situación militar inicialmente muy precaria. Vencen los constitucionistas —quizá porque eran los únicos que poseían un*

*proyecto nacional propio— y se abocan a crear una nueva constitución que fuera expresión jurídica de ese proyecto.*

*Una vez superada la etapa más violenta del movimiento revolucionario se inician nuevas pugnas por el poder, pero utilizando ahora otros medios: la descripción de este momento histórico y este ambiente social y político ocupa buena parte de la novela y sirve de trasfondo al drama amoroso que va a desarrollarse. Las clases se reacomodan y el país busca la estabilidad de las instituciones, se generaliza el deseo de que la paz recién conquistada sea perdurable.*

*Gran acierto del novelista es el efecto de realidad conseguido gracias al recurso de confundir la trama histórica con la del relato, demostrando una vez más la proximidad feliz de la historia y la novela de aventuras.*

F. M. V.

AGUSTIN VERA

LA  
REVANCHA

NOVELA MEXICANA



Talleres Linotipográficos ACCION  
San Luis Potosí.

## I

No bien se perdió a lo lejos, en la amplitud de la llanura sin término, el eco del silbato del tren de Laredo que a toda velocidad proseguía su marcha hacia el norte, cuando en un recodo del polvoso camino que conducía de la estación a la hacienda, apareció la figura de Apolonio, empedregada por la distancia, golpeando despiadadamente con sus talones desnudos los flancos de la escuálida cabalgadura que montaba.

Apolonio era el encargado de recoger diariamente de la pequeña estación del ferrocarril la escasa correspondencia que llegaba para los habitantes de "La Providencia". Y no tanto por las cartas que pudiera haber, cuanto por los periódicos que de México y San Luis Potosí le llegaban a don Pedro, el administrador de la hacienda, y que todos devoraban con ansiedad para enterarse de las novedades de la revolución, era por lo que aquel tenía orden de regresar tan luego como el tren hubiese llegado.

A un kilómetro escaso de la vía del ferrocarril que une la ciudad de México con la de Laredo, y como a dos horas al norte de San Luis Potosí, encontrábase situada la hacienda de "La Providencia", finca de no muy grandes extensiones, de terrenos pobres y arenosos en los que todo cultivo era poco menos que imposible. Cerca de la casa principal o "casco", unas cuantas fanegas de sembradura daban su cosecha de frijol o maíz sólo cuando el pequeño estanque formado en un repliegue del terreno lograba recoger un poco de agua durante la época de lluvias. El resto, componíanlo llanuras áridas y pedregosas lomeríos

en los que los chaparros, mezquites, palmas, magueyes y nopales, crecían espontáneamente de trecho en trecho y donde el único aprovechamiento era el corte de leña para hacer carbón, la talla del ixtle y la penca del maguey para alimentar una minúscula fábrica de vino mezcal, sola industria de aquella región.

Al pie de una de aquellas lomas, cubierta de vegetación enmarañada y terrosa, se levantaba solitaria y hosca, como una fortaleza avanzada en el desierto de las llanuras despobladas, la casa de "La Providencia", vieja edificación de la época de la colonia, de gruesos y pesados muros corroídos por el tiempo y calcinados por el inclemente calor de innumerables veranos en los que ni la más ligera nube empañaba la limpidez de un cielo que llovía fuego; de puertas y ventanas anchas y chaparras, guardadas éstas por sólidas verjas de hierro enmohecido, y que servía, al mismo tiempo, de casa habitación al dueño y empleados de la hacienda y de escritorio y administración.

Diez años hacía que era administrador de "La Providencia" don Pedro Martínez, quien no obstante haber pasado ya de los sesenta, era un hombre robusto y de una fortaleza a toda prueba para las pesadas labores de su cargo. Nacido y criado en el campo, a él había dedicado su vida entera, y despreciando los peligros y contratiempos que se sufrían en aquella época en que la furia revolucionaria asaltaba a cada momento ranchos, haciendas y poblados, incendiando, robando y dando muerte a todo lo que se interponía en su camino, no había querido abandonar la hacienda e irse a refugiarse a San Luis, como se lo aconsejaba su patrón. Prefirió quedarse allí y correr los riesgos propios de las circunstancias, trabajando en una forma casi rudimentaria con los escasísimos elementos que habíanle dejado las partidas revolucionarias que merodeaban por aquellos lugares y que con más frecuencia de la deseada lo iban a interrumpir en sus penosos quehaceres, a irse a consumir en la ciudad en una inercia que seguramente duraría meses, o tal vez años, ya que aquello no tenía trazas de acabarse nunca. . .

Con él se había quedado el tenedor de libros, a quien todos llamaban cariñosamente don Juanito, no porque fuera hombre de edad avanzada, sino por su carácter amable y dulce, y quien por no tener ninguna familia ni casa donde ir a parar en San Luis, había hecho de "La Providencia" su propio hogar. Allí sentíase verdaderamente feliz y sus ratos de ocio, que en aquel entonces no eran nada raros, ocupábalos en escribir versos melancólicos y apasionados a una novia que nadie le conocía y en leer libros sobre socialismo y filosofías de que hacía buen aprovisionamiento cada vez que por algún encargo de don Pedro, o por el deseo de asistir a una función de teatro o de cine, que eran sus espectáculos predilectos, emprendía un viaje a la capital potosina.

Y con ellos corría la aventura don Rufino, un español llegado un año antes de Cataluña, en los momentos precisos en que la chispa revolucionaria estallaba, y el cual, habiendo ofrecido a su mujer y a sus pequeños hijos, que se habían quedado en España, que pronto volvería rico, como habían visto regresar de América a tantos compatriotas suyos, se empeñaba en hacer dinero a toda costa y era enemigo de la más insignificante pérdida de tiempo.

Había rentado por su cuenta la fábrica de vino de la hacienda y, por lo mismo, tampoco había querido salir de "La Providencia" no obstante el peligro que sabía amenazaba a todos los extranjeros, y muy especialmente a los españoles, que caían en poder de los hombres de la revolución. Y sentíase defraudado en sus intereses cada vez que por la proximidad de alguna partida veíase precisado a huir al monte en compañía de don Pedro y don Juanito, hasta que el peligro pasaba, y en tanto que los revolucionarios devoraban con voracidad de hambrientos, una o dos cabezas de ganado y se embriagaban con el vino de su fábrica.

—¡Me cachis! —rugía entonces rabioso de indignación—. ¡Cada viajecito de estos canallas me cuesta más de trescientos pesos. . . !

Y entre blasfemias y juramentos afirmaba solemne-

mente que si él fuera general, en ocho días acabaría con aquellos bandidos, los perseguiría sin cuartel y los haría colgar vivos de los postes del telégrafo para que sirvieran de escarmiento a todos sus congéneres. . .

Aquella mañana luminosa y tibia de principios de noviembre, encontrábase don Pedro en el escritorio de la hacienda dictando a don Juanito unas cartas que éste iba escribiendo en una antiquísima máquina "Oliver" de tecl-teo cansado y escandaloso, cuando se oyó afuera el ruido de una cabalgadura que tras de precipitada carrera se detenía bruscamente.

—Ya está ahí Apolonio —dijo con cierto alborozo don Juanito, mientras se acercaba a la ventana para recibir las cartas y periódicos que aquél iba sacando de entre la blusa de mezclilla azul.

Y dirigiéndose al recién llegado le pidió informes de por qué el tren había llegado con tanto retraso.

—Es que lo tirotearon en el camino —repuso Apolonio al mismo tiempo que con una mano se arreglaba un mechón de pelo que le caía sobre la frente sudorosa—. Me dijo un soldado de los de la escolta que adelante de Venado habían desclavado un riel y que por poco se voltea la máquina. . .

La noticia no causó la menor extrañeza ni en don Pedro ni en don Juanito que ya estaban acostumbrados a sucesos de tal índole. Raro era el día, desde que la revolución había principiado, que el tren llegaba a sus horas y con mucha frecuencia sucedía que por días enteros y aun por semanas, el tráfico quedaba paralizado por completo. Las partidas revolucionarias que desarrollaban sus actividades por aquella región, no daban un momento de descanso a los pequeños destacamentos que guarnecían las estaciones y los pueblos. Era cosa común y corriente que los puentes del ferrocarril ardieran o fueran volados con dinamita, arte en el que habían adquirido asombrosa práctica los rebeldes; que grandes tramos de vía férrea fueran destruídos para impedir el paso de los convoyes mientras de alguna prominencia o de entre los matorrales cercanos tiroteaban despiadadamente a las escoltas que iban a

bordo de cada tren; o bien que con una enorme bomba de explosivos, construída con cualquier tubo de fierro, hicieran saltar la locomotora y los carros de la tropa, causando numerosas víctimas y sacrificando después, sin compasión, a todo aquel que caía con vida entre sus manos. Al terminar estos asaltos, los cadáveres mutilados y sin ropas, quedaban abandonados entre los escombros de los carros destruídos.

Mientras don Pedro se enteraba de dos cartas llegadas para él, una de don Manuel, el dueño de la hacienda, y otra de Guadalupe, su hija única que desde San Luis le escribía casi a diario, don Juanito procedió a desenfajillar los periódicos y, extendiéndolos meticulosamente sobre el escritorio, empezó a leer los encabezados que a grandes caracteres aparecían a todo lo ancho de la primera plana.

No hacía mucho que Apolonio había llegado con el correo, cuando don Rufino, que desde la fábrica de vino estaba al pendiente de su arribo, entró en el escritorio, cubierto de polvo y de sudor, limpiándose la frente y la escasa cabellera con un enorme pañuelo de colores chillantes y entreverados que lo mismo le servía para asearse el rostro y la nariz, que para sacudir sus toscas botas de cuero amarillo.

—¿Qué cuentan de nuevo esos papelotes, don Juanito? —era su pregunta clásica al trasponer los umbrales de la habitación, al mismo tiempo que daba vueltas en la boca a un puro a medio consumir que casi siempre traía apagado—. ¿Ya mero se acaba esta pelotera?

Se apoderaba de uno de los periódicos de México, que eran los que traían más amplia información, e iba a dejarse caer pesadamente en un vasto sillón forrado de cuero donde, tras de encender por enésima vez su puro, empezaba a leer a grandes voces los llamativos títulos que aparecían ante sus ojos.

—¡Ora sí que nos llevó el demonio. . . ! ¡Me cachis! ¡El general Villa se sublevó contra Carranza y ha empezado a movilizar sus tropas hacia el sur. . . ! ¡Esto sí que estuvo bueno, amigos! ¡Bonita se va a poner la cosa. . . ! Se acaba-

ron ya los federales y ahora sigue la bola entre ellos mismos. . . ¡Me cachis!

Don Pedro y don Juanito, de pie tras el sillón donde don Rufino leía lanzando al aire enormes bocanadas del humo pestilente de su puro, seguían con la vista las líneas del periódico que éste tenía abierto de par en par entre sus manos.

Las noticias no eran nada halagadoras. La convención de Aguascalientes había sido un completo fracaso. Los jefes revolucionarios, tras de discutir acaloradamente infinidad de tópicos y de estudiar la manera de solucionar las numerosas dificultades políticas que habían surgido al triunfo de la revolución, habían terminado por echar mano de sus pistolas como argumento supremo y jurar ante una bandera nacional, en la que estamparon sus nombres, la unión de los diversos partidos revolucionarios. Y no obstante aquel pacto solemne, no obstante el juramento hecho y las firmas escritas, el general Villa, el temible y sanguinario Villa, con su poderosa División del Norte, compuesta de más de veinte mil hombres, se mostraba en actitud rebelde, pero ya no contra Victoriano Huerta y su ejército, sino contra el jefe supremo de la revolución, el propio Carranza, que hasta aquel momento había sido lo suficientemente fuerte para controlar el mando de las diversas facciones que lucharon contra la usurpación huertista. . .

Entre burlón y malhumorado, don Rufino interrogó lanzando un suspiro de desconsuelo:

—¿Cómo la ve ahora, don Pedro? ¿No le parece que esto sí ya no tuvo remedio? Nada que se quieren poner en paz estos hombres. . . ¿De qué sirvió, entonces, que nombraran presidente a Eulalio Gutiérrez?

Don Pedro movía pesimista la cabeza y con acento de resignación, de quien nunca tuvo fe en que todo aquello pudiera terminar bien, se concretaba a responder con frases cortadas.

—Ya me lo temía. . . ¿Qué cosa buena podía resultar de esa cena de negros en la que cada general, por el simple hecho de haber volado trenes y asesinado gente indefensa,

se cree con derecho para ser presidente de la República. . . ? Esta sí que es la mera buena, don Rufino. . . Ahora va usted a ver cómo se agarran unos con otros y ni los huesos les truenan. . . ¡Qué caray!

De estas simples pláticas originadas por la lectura de los periódicos, surgían acaloradas discusiones que se prolongaban por horas enteras, hasta más allá del medio día, en que uno de los mozos de la hacienda iba a avisarles que la comida estaba esperando.

En el calor de la disputa, cada uno tomaba su partido y trataba de imponer sus ideas a sus contrincantes. Don Pedro, encariñado con la época de paz que bajo su gobierno brindara al país el general Díaz, volvía siempre sus recuerdos hacia aquellos tiempos en los que —afirmaba con lisonjero orgullo, como si de cosa propia se tratara— la tranquilidad pública era una realidad y cualquiera que intentara trastornarla era duramente castigado.

Se apoderaba de su espíritu un entusiasmo casi juvenil al recordar aquellos días de su ya lejana mocedad, y subiendo la voz, continuaba con tono que casi era oratorio:

—Entonces sí que la propiedad y la vida eran respetados a carta cabal. Entonces sí que los hombres de bien, los que dedicaban sus energías al trabajo honrado, a ganar el pan con el sudor de su frente, como lo manda la ley de Dios, engrandeciendo y enriqueciendo a la patria, gozaban de toda clase de garantías y eran respetados y apoyados por las autoridades. . . Pero ahora todo es muy diferente. Desde que el apóstol Madero enarboló la bandera de la rebelión, enardeciendo y soliviantando a las chusmas y deslumbrando con sus palabras de redención a unos cuantos malvados, ningún hombre decente puede vivir en México. . .

El anciano administrador se detuvo un momento para tomar aliento y dar tres fumadas a su cigarro de hoja, y luego prosiguió:

—No, don Rufino. . . Esto que usted ve ahora no es México, no es nuestro querido México en el que hay y

sobran riquezas para todos los hombres honrados que quieran de veras trabajar. . . Usted vino por acá en mala época. Si usted hubiera visto lo que era esto hace todavía cuatro años, cuando el gobierno era gobierno de verdad. . . Los que ahora están arriba, lo único que quieren es hacerse de dinero, amontonar millones, y a los demás que se los lleve el diablo. . .

Con profunda atención escuchaba don Rufino aquellos apasionados discursos que le hacían comprender que México, efectivamente, debió haber sido en otros tiempos un país próspero y hermoso. Pero a él habíale tocado la mala suerte de desembarcar en Tampico precisamente quince días después de que Madero y Pino Suárez habían sido sacrificados en la capital de la República, tras de la espantosa carnicería de la decena trágica.

—Lo que yo pregunto —argumentaba el catalán en su deseo de poder trabajar intensamente y volverse cuanto antes a su patria con una regular fortuna—, es ¿por qué no se pone ya en paz toda esa gente? ¿Qué es lo que quieren ahora? ¿Que Victoriano Huerta era un usurpador? Ya lo derrocaron, y su ejército federal, con todos sus generales, se acabó también. . . Entonces, ¿por qué pelean ahora? ¿Es que piensan seguir adelante esta lucha que cuesta ya tantas vidas y tantos millones al país, hasta que el hambre y la peste acaben con los pocos mexicanos que quedan. . .?

—¿Que qué es lo que quieren? —replicaba don Pedro—. Pues lo que han querido siempre, desde que comenzó la pelotera: robar y sólo robar. . . ¿Cree usted que, como dicen ellos a cada rato en sus periódicos, luchan por ideales, por la defensa de una causa noble? . . . Yo me río de todas esas simplezas. . . Ya verá usted, don Rufino, ya verá usted. Tan luego como todos esos generales sean ministros y presidentes, y tengan las bolsas bien llenas, ni siquiera se vuelven a acordar del miserable pueblo en cuyo nombre han hecho toda esta bola. . . Ellos serán los primeros en tratar a puntapiés a todos los que les ayudaron a subir, a todos los que regaron con su sangre, los campos de batalla. . .

Dando vueltas de un lado para otro, el tenedor de libros escuchaba aquellas discusiones en las que don Pedro encontraba una brillante oportunidad para desahogar su encono hacia la revolución. En muchas ocasiones prefería permanecer callado para evitar que la disputa se agriara y los ánimos se exaltasen más. Él no estaba de acuerdo con las ideas de don Pedro y don Rufino, no porque fuera partidario de la revolución y sus excesos, sino porque había tratado, con ánimo sereno, de comprender las causas de todos aquellos acontecimientos y había llegado a la convicción de que el mal venía de muy lejos, de tiempos y sucesos remotos que generalmente pasaban inadvertidos para quienes no sabían estudiar los antecedentes que servían de origen a un fenómeno de tal naturaleza. . . Para él, la revolución no era sino el efecto preciso, lógico, natural, de una serie de males que durante años y tal vez siglos, habíanse venido sumando unos a otros. ¡Mentira que la revolución la hubieran hecho Madero o Carranza! La revolución era porque forzosamente tenía que haber sido. . . Era una fuerza ciega, bruta, que durante mucho tiempo se había venido acumulando y que el régimen dictatorial de Porfirio Díaz había logrado contener hasta el momento justo en que aquella fuerza fue superior al dique que la contenía. Roto éste, se desbordó arremetiendo contra todo lo que se oponía a su paso, como la bestia acorralada arremete cuando logra saltar las vallas de su prisión, como el torrente arrastra árboles, peñas y poblados, cuando rompe el muro que lo detiene. . . Así también las pasiones humanas largo tiempo dominadas, toman caracteres de bestia y de torrente, cuando rompen el freno que por mucho tiempo las ha tenido oprimidas. . .

—Y usted, amigo don Juanito —dijo de pronto el ibero volviéndose en su sillón para tomar mejor postura—, ¿qué nos dice de esta nueva hazaña de Villa? No me extrañaría que estuviera usted de plácemes, ya que tan partidario es de la revolución. . .

—Yo no puedo decir aún si el general Villa ha hecho bien o no en sublevarse contra el primer jefe. Sus razones

debe haber tenido para ello, y mientras no las conozcamos será aventurado decir cualquier cosa. . . —replicó un tanto molesto por la puya el tenedor de libros—. Pero lo que sí puedo asegurarles es que la revolución debe la mayor parte de sus éxitos a Villa y que es el hombre más valiente con que cuenta. . .

El asombro y la indignación se pintaron en el rostro de don Pedro. ¡Valiente, Villa! ¿En qué consistía su valor? ¿En las crueldades y asesinatos con que había marcado su paso por los estados de Chihuahua, Durango y Zacatecas? ¿En los incendios y saqueos de poblaciones enteras, en los fusilamientos en masa con ametralladora, para ahorrar tiempo, en las violaciones de niñas de diez y doce años con que él y sus soldados se complacían cada vez que entraban a los pequeños poblados?

—Eso no es ser valiente —rugía don Pedro—. Eso es ser canalla y miserable. Abusar así de la fuerza de que se dispone, incendiar por destruir, matar nada más porque sí, causar todo el daño posible únicamente por el placer de hacerlo, no enaltece ni da honor a nadie. . . Eso sólo lo hacen los malvados, los perversos, los que llevan en la sangre la ferocidad de las bestias salvajes o de los hombres de las cavernas que se solazan mirando correr la sangre que mana de la herida por ellos mismos abierta. . . Villa es un chacal, una pantera, cualquier cosa, menos hombre. . .

A esto replicaba don Juanito diciendo que había que recordar que la revolución era una lucha en la que los hombres iban a matarse, a pelear desesperadamente, en la forma que mejor podían. Era una guerra sin cuartel, a muerte, en la que el vencido tenía forzosamente que perecer. ¿Si Villa hubiera caído en poder de los federales, acaso le hubieran perdonado la vida? ¡Claro que no! Lo hubieran sacrificado y su cuerpo hubiera sido arrastrado por las calles para que todo el mundo se diera cuenta de que el famoso bandolero —como lo llamaban— había pagado bien caras sus osadías. La revolución era la revolución. . . —como decía uno de los consejeros de Carranza—. No había que esperar de ella ni piedad ni conmiseración para nadie. . .

El que caía, caía irremisiblemente para no volverse a levantar jamás. . .

El español movía negativamente la cabeza inconforme con aquellas ideas de crueldad y exterminio.

—Estas revoluciones bárbaras sólo aquí se ven. . . Esta no es una lucha de hombres que defienden un ideal, sino de fieras que se disputan desesperadamente una presa. . . Mire usted que yo soy catalán y los catalanes somos por naturaleza revolucionarios, revolucionarios de ideas y de hechos.

Las protestas de don Rufino hacían sonreír a don Juanito que intencionalmente no lo interrumpía en su perorata porque le agradaba ver las gesticulaciones y ademanes exaltados con que acompañaba sus palabras. Pero luego, con una sonrisa entre burlona e irónica que exasperaba a aquél, replicaba:

—La verdad es que ustedes no saben lo que es hacer una revolución ni derrocar un gobierno. Todo se les va en hablar, en echar discursos y más discursos, en hacer planes y preparativos. . . Y a la hora de la hora, tres o cuatro son los únicos que tienen el valor suficiente para arrojar unas cuantas bombas, pequeñas como naranjas, en cualquier calle solitaria. . . Los demás, se esconden o corren tan luego como ven aparecer al primer gendarme. . . Y mientras se les tenga miedo a los gendarmes, no puede haber revolucionarios de verdad. . .

Alrededor del mismo tema prolongábase la discusión indefinidamente. Atacando a veces, defendiendo en otras, cada uno exponía sus opiniones y sus puntos de vista. Don Pedro era el que menos transigía con las ideas del tenedor de libros que trataba de hacerles comprender que la revolución era para las clases populares del país una cosa tan indispensable como el aire y el agua lo son para todo ser viviente.

—Si no hubiera sido hoy, hubiera sido mañana —afirmaba don Juanito—. A nadie más que al general Díaz se puede culpar de lo que está sucediendo. . .

—¡Cómo! —interrumpía don Pedro—. ¿Quién se atrevería a culpar al general Díaz del desorden actual? Bastante luchó por acabar con todos esos agitadores y políticos de profesión que viven, como los buitres, precisamente de estos estados de anarquía... Decir que el general Díaz fue el culpable... ¡Qué descaro...!

Haciendo acopio de calma y de serenidad, don Juanito les explicaba el por qué de su afirmación. Y entraba en detalles: Era cierto, como repetía con frecuencia don Pedro, que durante los treinta años del gobierno del general Díaz, el país estuvo en calma. Las industrias crecieron, las ciudades se embellecieron, todo el mundo, mal que bien, encontraba dónde trabajar y hasta la gente del campo tenía su cuarterón de maíz y su vara de manta con qué vestir. Pero en aquella aparente felicidad de que todos disfrutaban, había un desequilibrio enorme, una desigualdad que no podía durar eternamente, una injusticia profunda que en muchos casos rebelaba por lo inhumana y cruel... Las riquezas, todas las riquezas del país, estaban en manos de unos cuantos privilegiados que con el título de amigos del presidente lo rodeaban y no permitían que nadie se acercara a él para que no lo pusiese al tanto de lo que ocurría en el resto del país. Aquello era un acaparamiento, un verdadero monopolio de la riqueza y del poder públicos. Nadie, fuera de los amigos del general Díaz, podía aspirar a una concesión nacional, a un puesto público, vamos, ni siquiera a que se le hiciera justicia... Aquellos señorones, enriquecidos gracias a esta jugosa amistad, vivían en la capital como príncipes, como amos y señores, dueños de todo el país, gozando de toda clase de consideraciones y respetos por parte de las autoridades y derrochando el dinero a manos llenas, un dinero que no les costaba ningún trabajo ganar y que les mandaban de las haciendas extensísimas de que eran propietarios... Y por otro lado, la gente trabajadora, los obreros, los campesinos, los jornaleros, que viviendo miserablemente, casi como animales, en los pequeños poblados y en los campos, trabajaban dieciocho y veinte horas diarias, sin conside-

ración de ninguna especie, como bestias de carga, mal alimentados y mal vestidos, ganando sueldos irrisorios de dos y tres reales al día... Si los protegidos del general Díaz sentíanse satisfechos, claro está, de aquel estado de cosas, en cambio, el pueblo sufría dolorosamente y se resignaba con su suerte, porque no podía hacer otra cosa. Los jefes políticos estaban continuamente alertas, y tan luego como cualquiera de aquellos infelices oprimidos por el hambre trataba de manifestar su inconformidad, echábanse sobre él y tras de largas prisiones los remitían por "cordillera" para que fuera a engrosar las filas del ejército.

—¿Cómo quieren ustedes —preguntaba don Juanito—, que este estado de desigualdad social se prolongara eternamente? Algún día tenía que llegar en el que los de abajo tomaran la revancha. Fueron humildes y mansos mientras la mano del dictador fue lo suficientemente fuerte para tenerlos doblegados; pero el día en que se dieron cuenta de que aquella mano temblaba por la decrepitud y que cerca de aquel hombre no había otro que tuviera sus tamaños, que pudiera empuñar vigorosamente la espada que él dejaba caer, ese día, en un solo instante, al mismo tiempo, como animados por una misma fuerza, levantaron la cerviz humillada y dijeron: "¡¡Hasta aquí!!"

Don Pedro y don Rufino que habían escuchado con atención los razonamientos de aquel hombre pequeño y endeble que a primera vista tenía el aspecto de un monje consumido por el ayuno, no encontraron de momento qué contestar.

—Es verdad, es verdad —murmuraba el español sacudiendo con el dedo la ceniza del puro otra vez apagado—. Las medidas extremas siempre producen resultados nefastos. Las dictaduras traen siempre como consecuencia la revolución...

Y don Pedro, por no quedarse callado y aparecer como vencido, se atrevía a argüir:

—Ni tanto, ni tanto... Es cierto algo de todo eso que dice don Juanito; pero en realidad no fueron esas las causas

que dieron origen a los primeros levantamientos. . . Los ambiciosos, señores, los ambiciosos fueron los que empezaron a menear el agua. . . Hoy aquí, mañana allá, ofreciendo por todos lados dinero y libertad a todo el mundo. . . ¿Saben ustedes hablando en plata limpia, cuál ha sido la verdadera causa de la revolución?

—¿Cuál? —interrogaron al mismo tiempo sus interlocutores.

—Pues lo que menos se figuran ustedes —y tomando una actitud solemne de quien va a revelar un enorme secreto, prosiguió—: La verdadera causa de nuestras revoluciones, de ésta y todas las que en México ha habido desde que nos emancipamos de España, no es otra que la enorme, la profunda ignorancia de nuestro pueblo que se cree de lo primero que le dicen. Siempre ha sido lo mismo: un puñado de pícaros, de malvados, que aprovechando la menor oportunidad se dedican a engañar a los pobres indios, a ofrecerles dinero a manos llenas y que ya no tendrán que trabajar para vivir. De esta manera los engatusan y se los llevan para que sirvan de carne de cañón. . .

No bien hubo terminado don Pedro, cuando don Juanito se apresuró a aclarar que aquello que el administrador decía era, precisamente, un nuevo argumento en favor de lo que él sostenía, un nuevo cargo y tal vez el más tremendo que había que hacer al general Díaz.

—Porque —argumentaba— no hay razón ninguna, no hay disculpa que valga, para explicar el empeño de don Porfirio en mantener al pueblo sumido en la más criminal de las ignorancias. Nada le faltó, para haberlo educado, en los treinta años de su reinado. Dinero lo tuvo a montones. Tranquilidad pública, la hubo. Entonces, ¿por qué permitió que el indio y el trabajador siguieran en su condición de semianimales, sin dar a su espíritu la luz de la civilización? Hay quienes aseguran que esto lo hizo intencionalmente, porque sabía que de esta manera le sería más fácil gobernar. Tal vez porque él mismo descendía de raza indígena, era por lo que decía que no hay peor enemigo que el

indio educado. . . Todos los esfuerzos de su gobierno los concentró en embellecer la ciudad de México, en hacer grandiosos palacios, parques bellísimos, monumentos hermosos; pero el resto del país, las ciudades de provincia, las poblaciones de tercero y cuarto orden, no recibieron ninguno de estos beneficios. . .

En aquella ocasión don Juanito había estado verdaderamente feliz. Había logrado no únicamente confundir sino impresionar a sus contendientes, y sentíase dueño de la situación. Levantó el brazo en el aire, en ademán de proseguir su discurso, cuando don Rufino lo detuvo:

—Será tal vez como usted dice, amigo don Juan. Pero lo cierto es que esto ya va cansando la paciencia. ¿Qué tenemos que ver nosotros, hombres de trabajo y que ni siquiera conocimos de lejos a don Porfirio, con lo que él y todos sus amigos hayan hecho? Yo no quiero otra cosa, mas que se pongan en paz, que nombren un presidente, sea quien sea, y que nos dejen trabajar como Dios manda. . .

Y como en aquel momento pasara frente a la ventana del escritorio una carreta desvencijada que crujía y chirriaba a cada vuelta de sus ruedas, tirada por una mula de piel untada a los huesos, el español fue corriendo a la ventana y le gritó al que iba guiando la bestia:

—¡Eh, Pancrancio! ¿Por qué vienes hasta ahora y con la carreta vacía? ¿Por qué no trajiste la penca? ¿No ves que sin ella tendremos que parar la fábrica a la tarde?

El interpelado, un mocetón de rostro enjuto y cabellera lacia y sucia de tierra y de sudor, echóse a un lado el sombrero de palma de anchas alas, y rascándose pausadamente la cabeza, replicó:

—Es que me encontré a los “carranclanes” al pasar el arroyo y no me dejaron seguir adelante, mi jefe. . .

—¿A los “carranclanes”? —exclamó don Rufino abriendo con sorpresa los ojos y la boca de la que cayó la colilla de puro reblandecida de tanto masticarla—. ¿Y qué te dijeron?

—Pos yo no sé. . . Qu'isque ya viene Villa. . . Qu'isque a Carranza se lo va a llevar la tiznada. . . Pos la mera

verdá, pos pa' qué le digo. . . Yo no supe ni lo que dijeron, del miedo que traiba. . .

—¿Y cuántos eran?

—Muchos, mi jefe. . . Pos serían como tres docenas, pos pa' que l'echo mentiras. . . Traiban muy güenos caballos y harto parque. . . Me preguntaron si había vino en la fábrica pa' venir a saborearlo. . .

Una interjección rotunda y canallesca, brotó de los labios del catalán. Su rostro, momentos antes rojo y congestionado, tornóse lívido. Y volviéndose a don Pedro y don Juanito que tras él habían estado atentos al diálogo con el peón, exclamó entre azorado y rabioso:

—¡Recontra! ¿Ya oyeron ustedes? Ahí vienen otra vez esos malditos. . . Apenas la semana pasada se llevaron una barrica de vino y quién sabe lo que ahora se vayan a robar. . . ¡Me cachis! ¿Qué hacemos, don Pedro?

Éste, indeciso en la determinación que debían tomar, se rascaba nerviosamente una oreja mientras sus pupilas se perdían en la contemplación de la llanura caldeada y reverberante por el sol.

—Por sí o por no —dijo—, lo mejor será estar preparados. Si fuera el cojo Timoteo lo esperábamos, al fin que ya nos conoce y con nosotros se ha portado siempre bien. . . Pero a mí se me hace que éstos no son de por aquí. . . Eso de que traigan buenos caballos y mucho parque, según dice Pancracio, me da mala espina. . .

Y asomándose a la ventana, llamó a un peón que debajo de un mezquite estaba arreglando uno de sus huaraches:

—Dile a Apolonio que ensille luego los caballos y los tenga listos por si los necesitamos. Y tú, súbete a la torre de la troje y mira bien para el arroyo. Si ves venir algunos de a caballo, corre luego a avisarme. . .

—Ta bien, mi amo —dijo el trabajador, poniéndose el huarache recién compuesto. Y agarrándose con ambas manos las anchas alas de su sombrero de palma para que no se lo arrebatase el viento, echó a correr hacia los corrales de la finca.

Don Juanito había recogido ya los libros de la contabilidad y algunos otros papeles que estaban sobre el escritorio, y oprimiéndolos con ambas manos contra el pecho, fuese a esconderlos en un viejo arcón olvidado en una de las bodegas interiores. Don Rufino, a su vez, corrió a la fábrica de vino, y precipitadamente, sin poder dominar su nerviosidad, daba órdenes a los trabajadores para que ocultasen las cuatro o cinco barricas de vino elaborado, y los aleccionaba en las contestaciones que debían dar en caso de que los rebeldes preguntaran por él.

—Díganles que desde ayer me fui para San Luis. Ya sé lo que estos quieren: tratan de cogermé para ver si me sacan dinero... Pero primero me dejo colgar vivo que darles un solo peso... ¡Recontra!

Ante el peligro de la próxima llegada de los rebeldes, la confusión y el temor se apoderaron de los habitantes de "La Providencia". Hombres y mujeres corrían por todas direcciones, gesticulando y hablando a grandes voces, como si intempestivamente se hubieran vuelto sordos. Las mujeres cargaban con sus gallinas, cerdos y demás animales domésticos, así como con las tortillas y condimentos que tenían preparados para la comida de aquel día, y los iban a esconder quién sabe dónde. Los hombres, lanzando agudos silbidos y agitando en el aire reatas y lazos, arriaban las pocas bestias de carga y tiro que quedaban en la hacienda, mas unas tres vacas de ubres flácidas, para llevarlas entre los matorrales y ponerlas así fuera del alcance de la rapacidad de los futuros visitantes...

Mientras hacíanse todos estos preparativos con la precipitación que precede a un peligro inminente, el peón que atisbaba desde lo alto de la troje, contemplaba con mirada atenta la lejanía de la llanura, en la que allá muy en lontananza y casi confundiendo con la grisácea verdura de los arbustos quemados por el sol, alcanzaba a distinguir unas pequeñas sombras, diminutas como hormigas, que lentamente, lentamente, empezaban a moverse hacia la hacienda...

Y poniéndose las manos en la boca, a manera de boci-

na, hizo estremecer el aire con toda la fuerza de sus potentes pulmones:

—¡Ai vienen ya...! ¡Ai vienen ya...!

## II

En la soledad de la llanura envuelta por la nocturna calma, una voz masculina, aguardentosa y destemplada, entonaba con honda melancolía los versos de una canción en boga:

*Desterrado me fui para el sur,  
desterrado por el gobierno,  
y al año volví.  
Por aquel cariño inmenso  
me fui con el fin  
de por allá quedarme. . .  
Sólo el amor de esa mujer  
me hizo volver. . .*

La canción seguía hablando de amores y soledad, y la voz, a veces apagada, a veces con agudos que desentonaban, interrumpía por momentos el profundo silencio de los campos adormecidos bajo la fresca caricia de la noche.

En una hondonada del terreno, el resplandor rojizo de una hoguera hacía resaltar con perfiles vagamente delineados, peñas de color amarillento, arbustos raquíticos que hundían sus raíces en la dureza del tepetate, unos cuantos pirules y mezquites de ramazones contrahechas y retorcidas, y una choza de adobe, con techumbre de zacate y ramas. . .

Era aquel el rancho de "El Mezquital" enclavado a

la vera de una cañada formada por un pequeño arroyo que sólo en la época de lluvias conducía agua, y que por su situación topográfica había sido escogido, desde que estalló la revolución, como campamento o centro de operaciones por un grupo de rebeldes. Por encontrarse alejado de la vía del ferrocarril, y al mismo tiempo bastante próximo a Matehuala y otras poblaciones del norte de San Luis, el cojo Timoteo y los de su partida, se habían fijado en él como un lugar seguro para descansar de sus correrías, pues las pequeñas alturas que lo rodeaban permitían ejercer una vigilancia eficaz, advirtiendo con toda oportunidad la presencia de cualquier desconocido.

El cojo Timoteo se había lanzado a la revolución desde que don Venustiano dio el grito de rebeldía en Coahuila. No ostentaba ningún grado ni tenía nombramiento en forma del primer jefe; pero sus hombres lo llamaban coronel, con el mismo respeto y subordinación que si efectivamente estuvieran sujetos a una estricta disciplina militar.

Aquel hombre de tez avinagrada, curtida por el sol y la tierra de las llanuras arenosas, había sido uno de los cabecillas que con mayor encono y actividad batieron a los ejércitos de Victoriano Huerta que se aventuraron por aquellos lugares. Inculto, rudo en su trato y en sus palabras, brusco en sus modales y en sus determinaciones, tenía en los momentos del ataque la ferocidad de un hombre primitivo y la crueldad de quien siente un inmenso placer en vengar un viejo agravio. Siempre había operado separadamente, por su cuenta, pero nunca se negó a cooperar con otros jefes cuando se trataba del asalto a una población o de batir una columna federal que penosamente avanzaba entre San Luis y Saltillo reparando los desperfectos que pocos días antes causarían ellos en la vía férrea.

En uno de aquellos combates feroces, sanguinarios, trabado cuerpo a cuerpo en las inmediaciones de la ciudad de Charcas, después de dinamitar un convoy militar, fue gravemente herido. Cinco proyectiles hicieron blanco en

su cuerpo, hiriéndolo por todas partes y destrozándole la pierna derecha a la altura del muslo. Del campo de batalla lo recogió uno de sus hombres en calidad de cadáver, y atravesado sobre el lomo de un caballo como fardo, fue llevado en medio del desorden y la confusión de la pelea, hasta ponerlo en lugar seguro.

Una mujer que tenía fama de “curandera” hizo las primeras curaciones al herido, valiéndose de cocimientos de yerbas y cataplasmas de gobernadora. Varios días después, cuando aún deliraba por la fiebre que le quemaba la sangre, pidió que lo llevaran a “El Mezquital”, pues sólo allí se sentía seguro y podría atender a su restablecimiento.

Como lo deseaba, fue conducido en una tosca camilla improvisada con varios troncos de árbol y un cobertor, en dos largas caminatas nocturnas, a campo traviesa y haciendo rodeos para evitar un encuentro con las avanzadas federales. Las heridas, con ser tantas, fueron sanando poco a poco gracias a los cuidados de la mujer aquella que no dejaba de cambiarle a diario las cataplasmas de gobernadora. Sólo la pierna, destrozada tal vez por una bala expansiva, presentaba cada día peor aspecto. Hinchada y deforme, había tomado un color negruzco, de cosa muerta, y apestaba como si por las grietas que por todas partes se le iban formando, manase podredumbre en vez de sangre.

—Esto ya no tiene remedio, don Timoteo —dijo un día la “curandera” mientras le lavaba la herida—. Se le está engusanando la pierna y se me hace que lo mejor sería que se la mochasen, porque si no. . .

El herido, que por los continuos dolores que sentía se había podido dar cuenta de la gravedad del caso, opinó también que aquello iba de mal en peor, y que había que traer a alguien que supiera medicina para que dijera lo que se le había de hacer.

—Pos lo mejor sería —insinuó la mujer—, que trajeran a don Pifanio el de Charcas, que es rete güeno para eso de la medecina. . .

La indicación no se hizo repetir. Ordenó Timoteo que

tres de sus hombres fueran aquella noche a Charcas y se trajeran, por la buena o por la mala, a don Epifanio el boticario con los medicamentos necesarios para su curación.

A la mañana siguiente el farmacéutico hizo su entrada en "El Mezquital" escoltado por los hombres que fueron en su busca, como si se tratara de un prisionero. En una pequeña bolsa, amarrada a la cabeza de la silla de su cabalgadura, llevaba algunas medicinas, vendas y algodones.

Tan luego como examinó la pierna herida, movió pesimistamente la cabeza y opinó:

—Esto está muy mal, coronel. La pierna se ha gangrenado y si no se la cortan luego, se morirá usted.

—¡Eso sí que nones, amigo...! —exclamó atemorizado el rebelde—. ¿Dice usted que hay que cortar la pata? Pues ándele, a darle luego luego, porque ya estoy cansado de tanta dolencia...

El boticario, que nunca había practicado operaciones de tal magnitud, se negó terminantemente a ello. Él sólo sabía curar resfriados, dolores de cabeza y de estómago y una que otra herida pequeña. Pero aquello de amputar una pierna, nunca lo había hecho, ni sabía a punto fijo como se hacía. Además, no contaba con cloroformo, ni con las herramientas necesarias para ello.

—A mí no me ande con cosas, amigo —interrumpió violento el cabecilla, sacando de debajo de la almohada la pistola—. Ora mesmo me va a mochar la pata, o si no ya sabe pa' lo que sirven estas cosas...

Y le mostraba el arma lista para disparar.

—Pero es que de una operación como ésta, practicada así no más, se puede usted morir... —argumentaba Epifanio tratando de evitar el grave compromiso en que se veía metido.

—¡No le aunque...! ¡No le aunque...! —gritó impaciente Timoteo—. Ya sabe que si me muero de las resultas, lo mando fusilar... Así es que dese prisa y ya no me esté con tarugadas...

Ante lo decidido de la amenaza, el boticario entregóse a preparar algunos útiles que sirvieran para el caso. Un cuchillo facilitado por uno de los rebeldes, fue cuidadosamente afilado en una piedra, unas tijeras rotas y enmohecidas, fueron habilitadas hasta donde fue posible, y con un pedazo de hojalata, se improvisó una especie de serrucho que serviría para cortar el hueso astillado.

Una vez que estos útiles y las vendas y desinfectantes que había traído de Charcas estuvieron listos sobre un cajón inmediato al lecho del herido, pidió éste que le dieran un gran vaso de mezcal, no para darse valor, que no le hacía falta —según se empeñaba en afirmar a cada instante—, sino para entonar un poco los nervios.

En la operación —si es que así puede llamarse a aquel brutal destazamiento— intervinieron a más del farmacéutico que sudoroso hacía esfuerzos inauditos por concluir cuanto antes, la vieja “curandera” y dos o tres hombres de la partida que ayudaban a contener la hemorragia introduciendo algodones y trapos entre las carnes separadas por el cuchillo que, en continuos movimientos de vaivén, iba desgarrando los tejidos y abriendo brecha en los músculos hasta llegar al hueso hecho añicos.

El rebelde gritaba y maldecía a cada avance que el burdo bisturí hacía en sus carnes inflamadas, y entre resoplidos y quejas ahogadas por rotundas interjecciones, pedía nuevos vasos de mezcal que apuraba de una sola vez.

Cuando el miembro quedó totalmente separado y el muñón sanguinolento y palpitante fue cubierto con algodones y tiras arrancadas a una camisa vieja encontrada a mano, el rebelde se incorporó en su lecho y mirando el miembro amputado que yacía sobre el suelo, exclamó con voz ronca y confusa por el exceso de alcohol ingerido:

—¡Esa pata ya se la llevó la tiznada! ¡Pero con esta otra que me queda, he de tener el gusto de... muchos “pelones”!

Y cayendo de espaldas sobre la almohada se quedó dormido, borracho.

Ese mismo día, la pierna del coronel fue sepultada al

pie de un mezquite con honores militares, mientras los de la partida disparaban al aire sus fusiles en demostración de duelo. Epifanio, el farmacéutico, fue puesto en libertad hasta tres días después, en que aseguró que la vida del cabecilla estaba a salvo.

Tres semanas más tarde, Timoteo empezó a dar sus primeros pasos de convaleciente apoyándose en una rama de árbol que le tallaron en forma de muleta. . .

A la partida del cojo Timoteo se había unido voluntariamente Abundio, un labriego que siempre había prestado decidida ayuda a todos los revolucionarios que llegaban a su rancho "El Tecolote", situado no muy lejos de la hacienda de "La Providencia", proveyéndolos de parque y alimentos.

—Y tú, ¿por qué te vienes con nosotros y dejas abandonada tu tierra y tu mujer? —le preguntó el cojo antes de consentir en que se quedara con ellos.

El recién llegado explicó que los federales lo traían entre ojos y trataban de cogerlo para fusilarlo porque ya se habían enterado de que les estaba ayudando a los rebeldes; y que antes de que eso sucediera prefería pelear por el triunfo de la causa.

Todos aceptaron como buenas aquellas razones y como ya sabían, desde hacía tiempo, que sus ideas iban de acuerdo con las de ellos, celebraron su llegada con gritos, abrazos y libaciones repetidas.

—¡Así me gustan los hombres! —afirmó uno de los de la partida—. Que no les tengan miedo a las balas, que al fin y al cabo de algo se tiene uno que morir. . .

Abundio llevó consigo su caballo, su rifle y dos pistolas, una de las cuales regaló al cabecilla. Como era hombre conocedor de la región y desde con anterioridad tenía méritos adquiridos, Timoteo le dio el grado de mayor y pronto lo hizo el hombre de todas sus confianzas. Cada vez que se ofrecía preparar un ataque, era con él con quien consultaba antes la mejor manera de hacerlo.

Astuto y precavido, Abundio les daba a sus compañeros de armas consejos respecto de la forma en que se debía pelear.

—No siempre conviene atacar al enemigo de frente —les decía—, sino por sorpresa, cuando esté dormido o descuidado. Así se tiene sobre él la ventaja del miedo que les entra a los soldados cuando oyen los primeros disparos y es más fácil hacerlos huir.

Él fue quien, para hacer creer a los federales que los de la partida eran muchos, ideó la artimaña de amarrar a las colas de los caballos unas ramas de árbol que levantaban gran polvareda y daban la impresión de todo un ejército en marcha. Bajo su dirección, también, se construyó con un grueso tubo de fierro una especie de cañón que producía gran estruendo al disparar, como si se tratara de una poderosa pieza de artillería.

—¿Y esta cosa pa' qué sirve? —preguntó Timoteo comprendiendo que aquel tubo no era capaz de dar muerte a un hombre.

—Pa' hacer ruido, mi coronel —replicó Abundio—. ¿No mira que de este modo los “pelones” creen que traemos cañones y más pronto se asustan?

Todos rieron de la ocurrencia, pero convencidos de la efectividad de la artimaña, tan luego como hicieron uso de ella, nunca se desprendían de aquella flamante pieza de artillería cada vez que entraban en combate.

Abundio había trabajado por varios años en las minas de La Paz, cerca de Matehuala y, por lo mismo, estaba familiarizado con el uso de la dinamita. A su iniciativa se proveyeron de varias cajas de este explosivo en una incursión que hicieron por el mineral de Catorce, y él era quien preparaba y hacía explotar las bombas con que se volcaban los trenes que corrían entre San Luis y Saltillo. Había adquirido una práctica asombrosa en este salvaje arte, y sentía una satisfacción que se traducía en gritos de júbilo, cada vez que la máquina infernal estallaba precisamente en el sitio del convoy que él quería. Escondido a doscientos metros de la vía, contemplaba cómo la

locomotora y los carros blindados saltaban entre una nube de humo y de tierra, y los soldados, como monigotes de trapo, volaban por los aires, abiertos de piernas y brazos cayendo luego destrozados para no levantarse más.

—¡¡Ora, “pelones” desgraciados!! —rugían los rebeldes disparando sobre el tren destrozado—. ¡Aquí están sus meros padres. . . ! ¡A ver si de veras son tan hombres como dicen. . . !

De los techos y del interior de los carros cajas en que viajaban, los soldados empezaban a disparar sin saber a dónde, porque el enemigo permanecía oculto y sólo se daban cuenta de él por los proyectiles que iban a herir sus cuerpos. Bajaban los soldados a tierra entre aquella lluvia de balas que causaba muertes al por mayor, y luego trabábase la lucha feroz, cuerpo a cuerpo, hasta que alguno de los bandos contendientes, falto de parque o diezmado en sus filas, emprendía la retirada dejando a sus muertos y heridos abandonados en el campo de combate. El vencedor se encargaba de rematar a los heridos, despojándolos previamente de sus ropas y zapatos y, en ocasiones, cuando había tiempo para ello, mutilaba los cuerpos arrancándoles las orejas o la lengua, colgando después, como trofeos de su gloriosa victoria, tres o cuatro de aquellos despojos humanos de los árboles.

Mas aquellos extremos de crueldad eran inútiles. Ni rebeldes ni federales cedían en su empeño de arremeter contra el enemigo, y siempre que se encontraban frente a frente reanudaban la lucha con mayor coraje, lanzándose unos a otros injurias y maldiciones que aumentaban el horror de la carnicería.

—¡¡“Pelones” vendidos!! ¡Nomás son valientes cuando andan en montón! ¡Dónde está su general Huerta que no viene a pelear como los hombres!

Y los federales, a su vez, replicaban:

—¡Muertos de hambre! ¡Robavacas! ¡Tráigannos a su viejo barbón para hacerlo barbacoa! ¡No se escondan si son tan hombres!

Después de aquellos asaltos a los trenes militares y de

pasajeros, o a los pequeños poblados inmediatos a la vía férrea, el cojo Timoteo y sus hombres huían para “El Mezquital” a reponerse de las fatigas de su reciente correría. Largos días pasaban allí entregados a una inercia que mucho les complacía, curándose las heridas, comentando las peripecias del combate y repartiéndose el botín capturado que, en carretas o a lomo de pacientes asnos, habían conducido hasta su refugio.

En esto de repartir los “avances”, como ellos los llamaban, tenía que intervenir a veces el cabecilla por las disputas y riñas que se suscitaban. Nadie quedaba conforme con su parte y siempre codiciaban algo más. El cojo Timoteo interponía entonces su autoridad y hacía que las discusiones terminasen, aunque sin dejar complacidos del todo a los rijosos.

De esta manera los rebeldes se habilitaban de armas y parque que arrebataban al enemigo en los momentos de la refriega o cuando el campo quedaba de su parte. Y también proveíanse de ropas y calzado que quitaban a los cadáveres abandonados, y que se ponían inmediatamente sin que fuera un inconveniente el que les quedasen amplios o estrechos. En cuanto a los víveres y demás objetos de que se apoderaban en sus incursiones por los poblados, eran motivo de un continuo trueque entre ellos mismos, según sus necesidades.

Por medio de un servicio de espionaje que tenían distribuido en las haciendas y puntos inmediatos, estaban continuamente al corriente de los movimientos del enemigo. Diariamente llegaban a “El Mezquital” hombres y mujeres que haciéndose pasar por arrieros o por simples labradores, iban a comunicar al cojo Timoteo el avance de tal o cual columna o la evacuación por los federales de algún pequeño pueblo, sobre el que inmediatamente caía por sorpresa el cabecilla con su gente, imponiendo préstamos forzosos y amenazando con fusilamientos inapelables si no se le entregaban las cantidades que él mismo señalaba. Y para que también los “muchachos” de la partida tuvieran su parte, les daba dos horas de “manos libres”, en las

que las pocas tiendecillas que aún quedaban en el pueblo, así como las casas de los vecinos más pudientes, eran saqueadas sin consideración, rompiendo muebles y cajas de mercancías que en muchas ocasiones quedaban tiradas en mitad del arroyo, sin que sirvieran de provecho a nadie.

Terminado el saqueo y recogidos los préstamos, los revolucionarios abandonaban a toda prisa la población, antes de que los federales tuvieran tiempo de atacarlos, complaciéndose en prender fuego a una o dos casas y en ejecutar sumariamente a cualquier vecino pacífico que por haberles puesto resistencia para que saquearan su hogar, era calificado con el tremendo cargo de “reaccionario”

En estas entradas a los pueblos tenían buen cuidado de apoderarse de los periódicos de fecha reciente que encontraban a mano y que les servían, más tarde, para enterarse con todo detenimiento de los progresos de la revolución. Abundio, por ser el menos inculto de todos, era quien hacía estas revisiones de la prensa e informaba después al jefe.

—Ora sí don Timoteo, ya vamos ganando. Los “pelones” ya corrieron de Torreón y Villa les pegó hasta por debajo. . .

O bien eran noticias de la región que a ellos les servían para formar sus futuros planes de campaña:

—Los generales Gutiérrez y Carrera van a atacar Matehuala y de San Luis mandaron ya una columna para reforzar la guarnición de la plaza. . .

—¡Eso sí que está güeno! —exclamaba el cabecilla agitando en el aire el puño cerrado—. En ese ataque sí tomamos parte muchachos. Tengo munchas ganas de darle una llegadita a Matehuala, porque allí son puros “reaccionarios” huertistas, y he de tener el gusto de colgar siquiera una docena de ellos. . .

Por las noches, a la luz mortecina de la hoguera que había servido para asar un pedazo de carne “avanzado” de alguna de las haciendas inmediatas, los rebeldes formaban pequeños grupos entre los nopales y mezquites, y

tirados sobre el suelo, junto a una botella de mezcal que siempre hacía su aparición oportunamente, hacían recuerdos de sus aventuras revolucionarias o cantaban con voces destempladas al son de una guitarra torpemente tocada.

Eran canciones sencillas, dolientes y tristes, inventadas por el bajo pueblo o por ellos mismos, con las que se entretenían largas horas como si en la amargura de sus versos, incoherentes muchas veces, y la monotonía de su música que hablaba al corazón de nostalgias, de pesares y abandonos, encontrasen un narcótico que unido al aguardiente del mezcal los hiciese olvidar una pena muy grande, una pena desde muchos años atrás, quizá desde las generaciones de sus remotos antecesores, oculta en el fondo de su pecho. . .

Y, como para salir del ensimismamiento en que los sumergían los acordes monorrítmicos de la guitarra, de pronto hacían vibrar los compases bulliciosos y burlones de "La Cucaracha":

*La cucaracha, la cucaracha,  
ya no quiere caminar,  
porque le falta, porque le falta,  
marihuana que chupar. . .*

Esta canción, netamente revolucionaria, inventada y cantada al calor de los combates y de las pasiones desencadenadas, era a manera de un himno guerrero que los soldados carrancistas entonaban a cada momento para alabar a sus hombres o exaltar algún reciente hecho de armas.

A la cuarteta anterior que servía de estribillo y que era repetida frecuentemente, seguían otras improvisadas de momento según las circunstancias:

*Ya se van los carrancistas,  
ya se van pa Sombreroete,*

*a quitarle los cañones  
a este Rubio Navarrete. . .*

O bien, refiriéndose a los soldados del gobierno:

*Todos los "pelones" tienen  
en el pecho una esperanza,  
y más abajito llevan  
el retrato de Carranza. . .*

En ocasiones sucedía que por la noche los campamentos enemigos quedaban tan próximos uno del otro, que se miraban las fogatas que encendían para calentar sus alimentos. En estas circunstancias y mientras se preparaba el ataque del día siguiente, los centinelas se entretenían gritándose indirectas y palabras de desafío. Y mientras los carrancistas, entre carcajadas y gritos de burla cantaban a voz en cuello versos alusivos de "La Cucaracha", los federales, a su vez, entonaban con voces apagadas por la nostalgia de un hogar remoto o de una mujer ausente, su canción favorita:

*Adiós, adiós, lucero de mis noches,  
dijo un soldado al pie de una ventana;  
me voy, me voy, no llores ángel mío  
que volveré mañana. . .*

*Ya la luna se oculta tras la selva,  
ya en el oriente se divisa el alba,  
y en el cuartel tambores y cornetas  
están tocando diana. . .*

*Horas después, cuando la oscura noche  
cubrió de luto el campo de batalla,  
a la luz de un vivac, pálido y triste  
un joven expiraba. . .*

Al triunfo de las armas revolucionarias los cabecillas dispersos recibieron órdenes de reconcentrarse a las ciudades de importancia con el fin de organizar en debida forma los ejércitos del pueblo.

El cojo Timoteo y sus hombres presentáronse en San Luis, donde el jefe de la Plaza le reconoció el grado de coronel. Debido a la aglomeración de tropas, los cuarteles, mesones y corrales, estaban totalmente ocupados, y a él y a su gente les fue designada una casa lujosa y ricamente amueblada, en la calle de Zaragoza, casi llegando al jardín de la Merced, para que se alojaran.

Con manifiesta contrariedad, el rebelde resignóse a ocupar aquel alojamiento. Él hubiera preferido que lo mandaran a alguna huerta o establo cercano, a tener que ir a vivir en aquella casa donde sus burdos zapatos claveteados se resbalaban en la tersura de los mosaicos y de los pisos de madera encerada. Miraba con mezcla de asombro y timidez, los ricos muebles dorados a fuego estilo Luis XV, los pesados cortinajes de peluche que cubrían puertas y ventanas, los candiles de cristales que deshacían la luz en iris de colores, los amplios lechos de suave pluma cubiertos por aristocráticas coronas, como si se tratara de duques o marqueses. . .

—Diablos de curros “reaccionarios” —comentaba refiriéndose a todas aquellas cosas—. ¿Pa'qué les servirían todos estos chismes tan llenos de pretensiones que ni dan ganas de sentarse en ellos?

Llevando hasta el extremo las precauciones a que estaba acostumbrado en los días de lucha, no quiso dormir en las recámaras, ni permitió que sus soldados ocuparan las camas que allí había. Se le figuraba que en aquellas habitaciones o bajo aquellos muebles, podía estar escondida alguna bomba preparada de manera que hiciera explosión cuando el sueño los venciese.

—Hay que desconfiar de los bandidos “reaccionarios” —aconsejaba—. Pueden haber dejado preparada alguna trampa para matarnos, o tal vez echaron veneno en los

platos y vasos para que a la hora que comamos en ellos nos muramos todos juntos como ratas... Lo que'es a mi no me la pegan... En Matehuala un diablo de boticario nos envenenó el agua y por poco reventamos todos...

Y para mayor seguridad fuéronse todos a dormir a la cocina y a un amplio bodegón que había cerca del corral, y la caballada y el bagaje que llevaban consigo pusieronlo en la sala y demás habitaciones.

Al transcurso de los días, y conforme se iba haciendo necesario para hacer los alimentos y otros usos, los ajuares, tapices, alfombras, cortinajes y demás mobiliario, fueron destrozados poco a poco para alimentar las hogueras que las mujeres que les hacían de comer encendían sobre el entarimado de las piezas. El mismo empleo se dio a las puertas y ventanas de nogal y caoba, y pocas semanas después la rica residencia presentaba el aspecto de una casa en ruinas.

Las huesosas cabalgaduras veíanse adornadas con girones de cortinas y fragmentos de alfombras que les servían de sudaderos. Las mujeres vestían lujosas prendas de seda encontradas en los roperos y armarios, y sus pies terrosos y agrietados calzaban zapatillas de satín o de piel tan suave como la de un guante. Y por las tardes, cuando se sentaban a las ventanas para mirar lo que sucedía en la calle, poníanse sobre sus cabezas de cabellos lacios y apelmazados por el polvo y el sudor, lujosos sombreros floreados que les daban un aspecto carnavalesco.

Apenas transcurrido un mes, el cojo Timoteo opinó que no tenía chiste haber ganado la revolución para irse a vivir a una casa tan llena de incomodidades. A él, francamente, no le gustaba nada de aquello. En San Luis había mucha gente y muchos mitotes a cada rato. Los generales entraban y salían y cada quien ordenaba lo que mejor le venía en gana. Él, la mera verdad, no estaba acostumbrado a todas aquellas cosas y le mareaba tanto ruido, tanto ir y venir de automóviles y de tropas. Y puesto que la causa del pueblo ya estaba a salvo, lo mejor era

irse otra vez para "El Mezquital" y allí entregarse en santa paz a labrar la tierra. . .

Abundio no estaba de acuerdo con aquella determinación. ¿Cómo había de ser posible que después de exponer sus vidas, después de luchar tantos meses desafiando el peligro a cada instante, ahora que había llegado el triunfo se fueran como habían venido, con las bolsas vacías, sin esperar el momento del reparto?

—¿Del reparto? —inquiría Timoteo—. ¿Cuál reparto es éste?

—Cómo cuál —replicaba Abundio—. El que tienen que hacer del dinero de los ricos. Pos paíeso, precisamente, fue pa' lo que se hizo la revolución. ¿Pos qué no conoce mi coronel lo que dijo don Venustiano en el Plan de Guadalupe?

Y como el cabecilla contestara negativamente, Abundio le explicó que el primer jefe había prometido que en triunfando la rebelión, todos los ricos serían pasados por las armas y su dinero, sus haciendas, sus casas, serían repartidas entre los revolucionarios. . .

—Así es que hay que esperar, jefe. ¿No mira que si nos vamos otros serán los que se aprovechen de nuestra parte?

Timoteo no creía mucho en todos aquellos ofrecimientos. El ya había visto lo que sucedió cuando la revolución de Madero: muchas promesas, muchos ofrecimientos, y a la hora de la hora, nada. Palabras y nada más. . .

—Mira Abundio. Tú estás muchacho y crees que todo eso que dijo don Venustiano en su Plan es verdad. Pero yo ya vide la otra vez, cuando Madero, que sólo los de arriba, los jefes, son los que se arman en estas bolas. . . Así es que yo no me quedo aquí. Ai', si tú quieres, quédate pa' que esperes tu parte. Yo me güelvo pa' "El Mezquital".

Al día siguiente, el cojo Timoteo emprendió el regreso hacia "El Mezquital" seguido de su gente. Él no quería honores ni grados militares; tampoco quería riquezas. Sus dos grandes anhelos habíalos visto ya cumplidos: el uno, vengar la muerte de su hermano, fusilado por las autori-

dades huertistas de Matehuala, y el otro, el triunfo de los ideales del pueblo.

Al triunfo de la causa, siguieron varios meses de relativa tranquilidad en los que el cojo Timoteo y sus hombres hacían una vida pacífica en "El Mezquital". Empezaron a sembrar algunos terrenos que había cerca de un ojo de agua del cual fluía un insignificante hilillo líquido, y la mayor parte del tiempo dedicábanlo a la talla del ixtle que llevaban a vender a Matehuala o a Charcas.

Como según el cabecilla ya no había razón para seguir peleando, dio providencias a licenciar gente.

—Ya se acabó la revolución, muchachos. Ora sí cada quen a trabajar. "El Mezquital" no es mío, ya lo sé, pero ya veré cómo hago pa' que me lo vendan e irlo pagando poco a poco. . . Los que quieran quedarse aquí conmigo, que se queden. Y los que tengan a dónde irse, pueden hacerlo desde luego. Les regalo los caballos, pero me dejan las armas y el parque. . .

Aquel día hubo conciliábulo entre la gente de la partida. ¿Qué harían? ¿Se iban? ¿Se quedaban? Estaban indecisos. No tenían ningún trabajo seguro y como las minas y las industrias estaban paralizadas en su totalidad, era difícil ganarse la vida en cualquier parte. Además, ya estaban acostumbrados a la vida aventurera, a enfrentarse cara a cara con el peligro, y se les hacía pesado el volver a una vida tranquila, monótona, sin la incertidumbre de la amenaza continua. Al fin, todos optaron por quedarse en "El Mezquital" con su jefe y correr juntos la misma suerte.

Cuando le manifestaron su determinación, Timoteo objetó:

—¿Y qué hago yo con todos ustedes aquí? Estas tierras son muy áridas pa' dar trabajo a todos. No hay agua, no hay ganado. ¿De qué vamos a vivir? Si antes lo podíamos hacer, era porque nos ayudábamos con lo que nos "avanzábamos" de las haciendas; pero ora que la revolución se acabó, ya no va a ser posible eso. . . En fin, ai' ustedes dirán. Ustedes se portaron conmigo como los hom-

bres a la hora de los trancazos, y yo no seré quien me haga pa' trás ni ora ni nunca. . . Yo nomás se los aviso. . .

De esta manera, aquel grupo de rebeldes que había seguido fielmente a su jefe en todos los momentos de peligro, continuó unido, como una pequeña tribu perdida en la soledad de las llanuras polvorientas y caldeadas por el sol, encariñada a aquel insignificante pedazo de tierra cubierto de mezquites y nopales, donde en los días de lucha habían encontrado un seguro refugio.

Durante el día, aquel puñado de hombres desparramábase por los campos y lomas cercanas, ocupados en labores diversas. Al caer la tarde íbanse reconcentrando poco a poco en "El Mezquital", donde las mujeres los esperaban con el café de olla, el chile, los frijoles y las gordas para la cena. Luego, sentados en el suelo en torno de la hoguera que encendían frente al jacal del cojo Timoteo, empezaban a cantar sus canciones melancólicas, lentas y preñadas de hondas nostalgias, hasta que al fin, haciendo memoria de los días de lucha, surgía inevitablemente la canción guerrera que a toda hora y en todas partes les había servido de himno de combate:

*La cucaracha, la cucaracha,  
ya no quiere caminar,  
porque le falta, porque le falta,  
marihuana que chupar. . .*

—Oye tú Pancho —decía uno de los del grupo después de dar un trago a la botella de mezcal—. ¿Te acuerdas de cuando entramos a Venado?

—Ya lo creo —replicaba el otro—. Como que allí me dí una güena armada de jierros con aquel viejo que colgamos de las patas en un árbol de la plaza. . .

—¡Ah, sí, ya me recuerdo! Diablo de viejo tan miedoso. Creiba que de veras lo íbamos a jusilar y hasta se zurró en los pantalones. . .

Y los recuerdos de tantos y tantos incidentes ocurri-

dos durante aquella época, iban surgiendo unos tras otros, escuchados con atención o comentados a grandes carcajadas, como si todo aquello fuese algo nuevo para ellos, algo ignorado u olvidado por lo remoto, y no cosas de su propia vida, sucesos en los que ellos habían sido los principales protagonistas.

—Yo lo que tengo muy presente es la vez aquella que jusilamos a un padrecito. . . ¡Qué cara puso el probe cuando vio que de veras lo íbamos a tronar! Se puso a llorar como vieja y de rodillas nos pedía que lo perdonáramos. . .

—Eso es poco —interrumpía otro— pa' lo que nos pasó a nosotros cuando no pudiendo encontrar al cura de. . . , porque las viejas beatas lo escondieron rete que bien, formamos en el atrio de la iglesia a todos los santos de la parroquia y luego los juimos jusilando uno a uno, como si de veras fueran gentes. . . Había algunos de palo tan duro que hasta las balas les rebotaban en las cabezotas. . .

Todos soltaron la carcajada y la botella de mezcal dio la vuelta de boca en boca. El que tocaba la guitarra seguía arrancando acordes y acompañamientos al instrumento, mientras la conversación se animaba por los recuerdos.

—A mí —dijo de pronto otro que se rascaba fuertemente el velludo pecho por entre la camisa abierta que dejaba ver un escapulario con la Virgen de Guadalupe—, a mí lo que más me agradó, jue aquella muchacha que nos trujimos de Matehuala la primera vez que entramos. . . Ai, no más, qué rete chula estaba la desgraciada. . . y qué rete sabrosa. . .

Y acompañaba las palabras con elocuentes ademanes obscenos. Los demás, corearon a una:

—Ya lo creo que estaba linda la maldita. . . Yo hasta tres veces la saborié. . . Palabra que si me la encontrara otra vez, me la traiba de planta a “El Mezquital”. . .

—Nos la tráibamos, compañero —reclamó otro—. ¿Pos qué se está usted creyendo que yo soy de hule? A mí también me agradan las güenas viejas. . . Pos nomás acuérdesese de aquella vez que estuvimos en Charcas. . .

Hasta de a cuatro me truje. . . Y así y todo, todavía me quedaron ganas. . .

Luego, dirigiéndose al de la guitarra:

—A ver, compañero músico. . . Échenos una de esas cancioncitas que usted se trae. . . De esas que hasta dan ganas de llorar de puritita alegría. . .

El que pulsaba la guitarra se acomodó bien sobre sus piernas hechas nudo sobre el suelo, arrojó con fuerza un sonoro escupitajo lejos de sí y se limpió la boca con el dorso de la mano. Y luego, con voz destemplada, pero que él se empeñaba en hacer aparecer como preñada de hondo sentimiento, comenzó:

*Te he de querer, te he de adorar,  
aunque le pese al mundo;  
si se enojan porque te amo  
más adrede lo he de hacer. . .*

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —rugió con desesperado entusiasmo el que había pedido la pieza—. ¡Qué relinda es esa! Es mi mera consentida. . . Síglele compañero y no más jálalo más juerte al estrumento pa' que se oiga mejor. . .

*Te he de querer, te he de adorar,  
qué nos puede suceder;  
qué admiración les causa  
que yo quiera a esa mujer. . .*

En el vasto silencio de las llanuras solitarias, los acordes apagados y quejumbrosos de la guitarra seguían acompañando monótonamente a la voz en falsete del cantor improvisado que entre coros de aplausos y exclamaciones de alegría, iba desgranando una a una las tristezas hechas música de una raza que sólo sabía hablar de amor, de olvido, de traición y de muerte. . .



### III

Cuando el cojo Timoteo y sus hombres regresaron a "El Mezquital", después del triunfo de la revolución, Abundio dio en ausentarse frecuentemente del rancho.

Nadie sabía a donde iba aunque él decía, al volver, que había estado en su rancho "El Tecolote" preparando las tierras para las siembras. Lo cierto era que desde entonces el carácter le había cambiado. Ya no era alegre y dicharachero, impetuoso y activo, como cuando ingresó a la partida en los días de lucha con los federales. Habíase vuelto callado y meditabundo, y por las noches, cuando los del grupo se reunían en torno de la hoguera a cantar y reír de los chistes que mutuamente se contaban, él permanecía aislado o se iba a dormir sobre un jergón en el cuarto inmediato al que ocupaba Timoteo.

En una ocasión en que las copas le trastornaron la cabeza y mientras el de la guitarra entonaba una canción que hablaba de perfidia y de traición, Abundio no pudo contenerse y abrazándose al cojo Timoteo que, sentado sobre una piedra, se había quitado la pierna de palo para dejar descansar el muslo adolorido, exclamó:

—La mera verdá, jefe, yo ando que me lleva la tiznada. . . Quén me había de decir que mientras yo andaba peleando como los hombres, un jijo de tal me había de pegar a la mala. . .

Como aquellas palabras no fuesen lo suficientemente claras para explicar lo que le sucedía, el cabecilla inquirió:

—¿Pos qu'es lo que te sucede Agundio? ¿Quén jue ese que dices que te amoló a la mala. . . ?

Para desahogar la pena que desde hacía tiempo le roía las entrañas, Abundio pidió más mezcal, y poco a poco, con palabras entrecortadas por interjecciones y blasfemias, fue poniendo en antecedentes al cabecilla.

Cuando tuvo que huir de "El Tecolote" porque los federales lo querían coger porque les daba parque y víveres a los revolucionarios, dejó en el rancho a su mujer para que cuidara del jacal y de los pocos animales que allí había. A los pocos días de su partida se presentó en "El Tecolote" don Manuel, el dueño de "La Providencia", acompañado de un piquete de federales buscando unos caballos que se habían perdido de la hacienda. Como no encontraron los animales, ni a él tampoco, golpearon a la infeliz mujer para que les dijera donde estaba y, en vista de que ella se negaba rotundamente a confesar que Abundio fuera el que se había robado los caballos, se la llevaron para "La Providencia" donde la tuvieron encerrada en un cuarto, golpeándola y amenazándola con matarla a cada instante. Convencido el hacendado de que no lograría hacerla hablar, quiso castigarla en una forma que hiriese en lo más hondo sus sentimientos de mujer, y tras arrancarle las ropas, hasta dejarla desnuda, se la entregó a la soldadesca para que saciara en ella sus ímpetus rezagados. Más de treinta hombres pasaron sobre aquella infeliz que, agotada por la lucha de los primeros momentos y por los dolores que atenaceaban su vientre, acabó por caer en un desmayo del cual volvió hasta horas después en que unas mujeres compasivas fueron en su auxilio. De resultas de aquello tuvo una copiosa hemorragia, luego un aborto, y a los tres días murió sin que nadie a punto fijo supiera dónde había sido sepultado su cadáver.

—Yo quería con toda mi alma a la Chata —continuaba Abundio—, pues siempre jue güena y querendona conmigo... ¿Cómo había de creer que aprovechándose de que estaba sola, el jijo de "La Providencia" había de encajarse con ella...? Y no jue que hubiera lo de los tales caballos robaos, sino que a mí era a quen me tenía mala voluntá porque bien sabía que yo era el que les soplabá

a ustedes cuando llegaban soldados a la hacienda... ¡Me lleva la...!

Timoteo, que había oído con atención el relato, no pudo contenerse. Él también había sabido de injusticias hechas con los pobres por los hacendados y las autoridades de los pueblos. Él también sabía de la rabia y desesperación que daba el no poder vengar un atropello y sentirse doblegado, humillado, teniendo que aguantarse con un nudo en la garganta y los ojos preñados de lágrimas.

—Ésas son desgraciadeces muy gordas, Agundio. Yo estaba en la creencia de que los de “La Providencia” eran amigos nuestros y por eso nunca quise hacerles daño... Pero ora que me cuentas esto, ya sé quénes son esos jijos... Ya sabes que aquí estás entre puros hombres y que no hay quen se raje... Todos semos amigos y sabemos jalar parejo... Así es que tú nomás nos dices, y a la hora que quieras vamos a “La Providencia” y la quemamos...

A Abundio no le satisfacía aquello. Él quería algo más efectivo, más doloroso, más cruel, que afectase directamente a don Manuel, el dueño de la hacienda. Durante todos aquellos días había andado merodeando la finca, enterándose de si el hacendado estaba en ella; pero hasta entonces, no había llegado a ir por allá. Estaba en San Luis y pocas veces, allá cada mes, iba por uno o dos días solamente.

—Está güeno eso que me dice, jefe —replicó el mayor—. Pero yo quisiera mejor encontrarme a solas con ese tiznado y matarlo cuerpo a cuerpo, como los hombres, pa' que no vayan a decir después que soy un cobarde... Él no tuvo compasión de mi probe Chata, y yo tampoco quero tener compasión de él; pero antes quero que sepa que soy yo, Agundio, el que tiene que arreglar algo con él, y cuando esté bien enterao, verá usted cómo lo mato como a un perro... ¡Jijo del demonio...!

Los de la partida, que poco a poco se fueron dando cuenta de lo que le había acontecido a su mayor, se acercaron a él y al cabecilla, rodeándolos, y con voces aguardentas opinaban en confusión, entre tragos de mezcal,

tratando de llevar a la práctica inmediatamente sus planes:

—¡No te dejes, Agundio! ¡Pa' eso semos todos purittos hombres! ¡Vamos, orita mesmo a "La Providencia" y nos traemos arrastrando de la lengua a ése...! ¡Ándale, compañero, que ya tenemos ganas de echar unos tiritos al aigre...! ¡Pa' qué tanto miedo! ¿Crees tú que esos de "La Providencia" nos sirven ni siquiera pa' comenzar...? ¡No será ésta la primera vez que velamos muertos...!

El cojo Timoteo tuvo que esforzarse para aplacar a la gente. No era el caso de obrar con precipitaciones, porque de esa manera don Manuel podía darse cuenta y huir con anticipación. Había que estar listos y esperar a que les avisasen que el hacendado estaba en la finca. Entonces sí procedía obrar con rapidez y caerles a media noche, cuando todos estuvieran dormidos, para que no se escapara el canalla.

—"Tá güeno, jefe, pos usted manda... —dijeron todos, convencidos de las razones del cabecilla—. Pero no más que sea luego luego, porque hasta la lengua tenemos seca del purito coraje..."

Para tranquilizar sus ánimos hicieron que el compañero de la guitarra les tocara un huapango que dos de ellos, con las revueltas cabelleras al aire y las camisas fuera de los pantalones, se pusieron a bailar golpeando fuertemente el suelo con los pies, como si intempestivamente les hubiera acometido un ataque de epilepsia, en tanto que los restantes gritaban y hacían gesticulaciones grotescas para demostrar su entusiasmo.

—¡Jay, jay, jay, jay...! ¡Qué noche tan chula pa' matar un jijo de tal...! ¡Jay, jay, jay, jay...!

Y a la luz de la hoguera, en la que las ramas se retorcián al ser devoradas por el fuego, hacían brillar sus pistolas y machetes como si estuvieran en vísperas de un combate sangriento...

Como los encargados de vigilar "La Providencia" no llegaban con la noticia del arribo de don Manuel a la hacienda, los hombres del cojo Timoteo fueron volviendo

poco a poco a sus diarias ocupaciones y hasta parecían haberse olvidado de sus amenazas de muerte para el hacendado.

Al caer de una tarde, llegó intempestivamente a "El Mezquital" Abundio seguido de su asistente. Se veía, por sus cabalgaduras sudorosas y cubiertas de polvo, que habían corrido mucho. De un salto echó pie a tierra dejando suelta la bestia y fue precipitadamente en busca del cabecilla.

—Malas noticias, mi jefe —dijo al mirar a éste sentado en un tosco banco platicando con varias de las mujeres que se entretenían en remendar los trapos de sus hombres.

El rebelde levantó el rostro y miró con asombro al recién llegado sin comprender de lo que se trataba.

—Acabo de saber que el general Villa se levantó en armas contra don Venustiano y que ya empezaron otra vez los cocolazos. . .

Timoteo no creyó, de pronto, que aquello fuera posible; pero ante las reiteradas afirmaciones de Abundio, que daba toda clase de detalles, acabó por convencerse.

—Esto sí que estuvo de la pedrada, Agundio. El general Villa es rete valiente y tiene muchos soldados. . . La mera verdad es que ora sí se puso fea la cosa. . .

—Y lo más grave del asunto —agregó Abundio— es que ya andan por aquí algunas partidas de villistas. . . De seguro que son las avanzadas que vienen a pelear con nosotros. . .

—¡Que caray, hombre! —exclamó el cojo ante lo inesperado de la amenaza—. ¿Pero de veras es cierto todo eso que me estas diciendo, o nomás tratas de tomarme el pelo. . .?

Abundio tuvo que jurar bajo su palabra de honor para que el rebelde lo creyera. Aquel día andando cerca de "La Providencia", informándose por el hacendado, divisó a lo lejos, por el camino que va hacia Venegas, un grupo como de cincuenta jinetes que al trote iban hacia el sur. De pronto creyó que serían algunos carrancistas que iban para San Luis; pero después, mirándolos más

atentamente desde un grupo de chaparros donde se escondió para observar mejor, pudo darse cuenta, por los uniformes y la bandera que llevaban, de que era gente del norte que nunca había andado por allí.

—Qué güenos caballos y que güenos rifles traiban, jefe. Yo los vide pasar como a unos cien metros de distancia. Taían las cartucheras llenitas de parque y unos uniformes de kaki, con sombreros de fieltro como ésos que usan los gringos de las minas. . . Además, en la bandera vide claramente que decía: “Francisco Villa”. . .

La noticia causó asombro en “El Mezquital” y conforme fueron llegando del campo los demás hombres y se enteraron de ella, formáronse pequeños grupos para comentarla. En los rostros se dibujó un gesto de asombro y contrariedad, y nadie se atrevía a opinar nada, no sabiendo qué partido tomar.

—La verdá es que la cosa es grave —dijo el cojo ras-cándose la cabeza—. Si hubiera tiempo pa’ ir a San Luis a pedir instrucciones. . . ; pero ya los tenemos encima y es necesario resolver cuanto antes lo que vamos a hacer, porque si no cualquier día de éstos nos los encontramos y no sabemos si agarrarnos a los trancazos con ellos o ponernos a sus órdenes. . .

—Lo mejor será —dijo uno de los del grupo— defendernos aquí, en “El Mezquital”, hasta que sepamos más efeutivamente cómo anda la bola. ¿No le parece, jefe?

—Eso sería güeno —contestó Abundio— si realmente pudiéramos defendernos. ¿Pero quién va a pelear con esa gente cuando traen tanto parque y tan güenas armas y caballos? Nos amuelan, compañero, nos amuelan, y estoy seguro de que no salemos con vida ninguno de nosotros. . .

El cojo Timoteo estaba verdaderamente apesadumbrado. Sentíase cansado de tantas bolas y tantas revoluciones. ¿Pues no que ya habían ganado? ¿No que la revolución había triunfado en toda la línea? Entonces, ¿por qué había que seguir peleando contra los del mismo partido, siendo que la causa que defendían era sólo una?

El no quería seguir adelante en aquella vida de peli-

gros y sobresaltos continuos. Lo único que deseaba era ponerse a trabajar en aquel pedazo de tierra que tenía la ilusión de que algún día llegaría a ser suyo.

—Lo malo, jefe —decía Abundio—, es que cuando uno se mete en estas cosas después no puede salirse de ellas aunque quiera. . . Ya lo vido: por andar ayudando a ustedes tuve yo que dejar mi territa y abandonar a mi Chata pa' que la mataran esos desgraciados. . . Y ora, si me hago pa trás, ya sé que también me amuelan, porque de seguro los de "La Providencia" se ponen al habla con los villistas y hacen que me persigan. . . Pos lo mesmamente todos ustedes, jefe. Todos, cual más cual menos, hicimos nuestras cosas durante la revolución y no faltará quién nos tenga por ay mala voluntá. . . Si no jalamos todos parejos, si nos hacemos pa tras y nos quedamos solos, alguno de tantos enemigos nos denunciará, y entonces, ni pa qué les digo. . . Entonces sí que nos ajusilan— como nosotros lo hicimos con los "reaccionarios". . .

Esta especie de discurso, pronunciado en aquellos momentos de vacilación, tuvo el poder de llevar la persuasión a todos los oyentes, quienes aprobaron con movimientos de cabeza. Era cierto, era verdad que si la revolución seguía ellos tendrían por fuerza que ponerse de parte de alguno de los bandos contendientes, porque de lo contrario, ya fueran unos u otros, los tratarían como terribles enemigos. Así, pues, había que seguir adelante, había que empuñar nuevamente las armas para pelear por quién sabe qué causa que ignoraban, pero que para ellos era de vida o muerte. Había que volver a los días de lucha, de asechanza, de odio, y matar sin piedad o resignarse a perecer. . . Aquello no era la defensa entusiasta de un ideal; era el instinto de conservación, el sentimiento de la animalidad que se niega a morir, el que los impulsaba a seguir adelante, adelante, para evitar que sobre sus cuerpos pasasen las nuevas huestes de combatientes. . .

—Pos la mera verdá —dijo al fin el cojo Timoteo después de permanecer largo rato callado como si estuviera hundido en una honda meditación—, la mera verdá es

que no sé qué partido tomar... Yo soy carrancista y le tengo güena voluntá al viejo... Pero a los villistas les alzo pelo... Dicen que son muchos, muchos, y que traen hartos cañones y ametralladoras... El general Villa es el mismo demonio y no hay quién se le pare enfrente... Si seguimos defendiendo al viejo, estoy seguro que nos amueñan... Y si chaqueteamos y nos pasamos con Villa, pos la mera verdá es que me remuerde la concensa porque es como si juéramos traidores...

—Eso mismo decimos nosotros, jefe —corroboraron a una varios de los del grupo—. Cierto que los villistas son muchos, como maíz, pero si nos vamos con ellos el viejo dirá que semos traidores, y eso... ¡nuncamente...!

Para estudiar el pro y el contra de la cuestión, empezaron a referirse mutuamente cuanto sabían acerca del general Villa y su hasta entonces invencible ejército. Por los periódicos y por personas que habían estado en la región dominada por Villa, sabían de sus hazañas, de sus crueldades e inclemencias para con los vencidos: después de tomar una plaza, para no perder tiempo, ordenaba que todos los prisioneros fueran formados y con ametralladoras disparaban sobre ellos como si fuese un rebaño; cuando asaltaba convoyes militares o de pasajeros, no se conformaba con matar por su propia mano a los soldados que en ellos viajaban, sino que a los pasajeros les hacía cortar las orejas para que tuvieran un grato recuerdo suyo; a las mujeres las violaba nada más porque sí, por darse el gusto, y luego las dejaba abandonadas a los lados del camino como si se tratara de animales vencidos por el cansancio. Y no obstante aquellos instintos de bestia sanguinaria, viajaba en lujosos carros pullman, servidos por negros y pletóricos de mujeres hermosas, como si aquello fuera un harem ambulante. Tenía para su resguardo personal una escolta de oficiales seleccionados, fornidos, buenos mozos, y tan valientes y aguerridos como su jefe. Era fama que aquellos “dorados”, como se les llamaba, en varias ocasiones, a la hora de asaltar una fortificación, lazaban los cañones o las ametralladoras, como si se trata-

se de inofensivos novillos. Además, tenía dinero, mucho dinero, y sus tropas estaban rigurosamente pagadas al día, bien vestidas, bien alimentadas, bien armadas, porque a los trenes militares iban agregados carros-panaderías en los que se hacía el pan, talleres mecánicos para reparar el armamento y hasta imprentas ambulantes que trabajaban día y noche imprimiendo billetes que todo el mundo aceptaba porque podían ser cambiados por dólares. . .

—Pos ya ven ustedes —comentaba Timoteo—. Los villistas tienen todo, hasta dinero les sobra. . . En cambio, nosotros muchas veces nos pasamos semanas enteras sin probar una tortilla ni un pedazo de carne. . . Acuérdense, muchachos, cuántos días nos los pasamos comiendo puro maíz tostado, y eso cuando bien nos iba. . . En cuanto a dinero. . . ni pa qué mentarlo. Toda la revolución nos la aguantamos sin recibir ni un solo centavo. . . sólo lo que buenamente caía en nuestras manos cuando entrábamos en algún pueblo. . .

Aquello era verdad. Las partidas que habían operado en las enormes y áridas llanuras del norte de San Luis, habían sufrido grandes privaciones y verdaderas miserias durante la campaña revolucionaria. Las haciendas y las rancherías habían quedado, en su generalidad, deshabitadas y no era posible encontrar en ellas alimento alguno. Las pequeñas poblaciones carecían de todo aún para sus propios habitantes y frecuentemente éstos mismos tenían que ir a otros lugares en busca de alimentos. Como si esto no fuera suficiente, el agua era tan escasa que a veces tras una caminata de un día entero bajo un sol de fuego, ni los hombres ni las cabalgaduras llegaban a probarla; y cuando no podían soportar por más tiempo el dolor que se apoderaba de sus gargantas resacas, se conformaban con masticar pencas de nopal, cortadas en pequeñas rebanadas, para chuparles el escaso jugo que contenían. . .

—Pos ai' ustedes dicen, muchachos, lo que hemos de hacer —concluía diciendo el cabecilla—. La cosa está del demonio y yo no quero que ustedes digan que por mi culpa les va después mal. . . Ai' ustedes decidan si seguimos

al jefe, o nos cambiamos con los villistas. . . La mera verdad es que yo no quisiera ni una cosa ni otra. . . Pero como dice Agundio, hay que seguir la bola adelante, porque si no, nos amolamos más pronto. . .

Los hombres quedáronse silenciosos por breves instantes, mirándose unos a otros sin saber qué responder. Luego, como nadie se atreviera a tomar una determinación, Abundio propuso:

—Lo mejor será que echemos un “volao”. . . Así, lo que la suerte decida. . . Ya estará de Dios. . .

La proposición pareció acertada a todos y al mismo tiempo aprobaron con grandes voces: —¡Eso está güeno! ¡Un “volao” es lo mejor. . .al fin y al cabo, qué más dá! Tan revolucionarios unos como otros. . . Andenle pues, echen la suerte, pa ver qu’es lo que decide. . .

Pero como entre todos ellos no había quien trajera una moneda para jugar el albur, uno zanjó la dificultad:

—Ya hasta se me olvidó cómo son los pesos, mano. . . Pero no le aunque. . . Ora verán. . .

Y quitándose uno de los zapatos clavetados, explicó antes de arrojarlo por el aire:

—Si apunta pa Matehuala, quere decir que semos villistas. . . y si pa San Luis, pos entonces que seguimos con el viejo. . .

—¡Tá güeno! ¡Tá güeno! —dijeron todos, riéndose de la ocurrencia.

El zapato voló por el aire dando vueltas y más vueltas, hasta que al fin chocó contra el suelo con ruido de cosa desvencijada. Todos lo contemplaron atentamente inquiriendo la dirección hacia la cual la punta estaba colocada, y al mismo tiempo prorrumpieron:

—¡Pa San Luis! ¡Pa San Luis! Seguimos siendo purititos carrancistas. . . Güeno, pos a darle que aquí no hay quen se haga pa trás. . . ¡Viva Carranza! ¡Muera Pancho Villa!

Y aquella noche el cojo Timoteo, como en los días de campaña, ordenó que se pusieran centinelas avanzados en los lomeríos cercanos. . .

## IV

En "La Providencia" sopló una ráfaga de optimismo al saberse que San Luis, desalojado días antes por los carrancistas, había sido ocupado por las fuerzas del general Villa.

Don Manuel, el propietario, que desde el principio de la rebelión iba pocas veces a la finca concretándose a dar sus órdenes por escrito desde la capital del Estado, se presentó intempestivamente en ella, más animoso y jovial que de costumbre y con ánimos de emprender nuevamente en grande los trabajos por tanto tiempo suspendidos.

—Ahora sí, don Pedro —le dijo al administrador—, parece que las cosas se van componiendo. . . Ya se largaron todos esos carrancistas que por poco no nos dejan ni con qué vestirnos, y la gente de Villa que está ahora en San Luis nos ha ofrecido toda clase de garantías para que podamos trabajar.

Para confirmar sus palabras sacó del bolsillo un oficio que fue mostrado a todos. Era una orden de las autoridades villistas de San Luis para que no se le molestara en las labores de la hacienda y fueran respetados su persona y sus bienes.

Tomó asiento el hacendado en el amplio sillón de cuero que había en la administración, y rodeado del administrador, el tenedor de libros y el español que cada día se mostraba más impaciente de poder trabajar sin interrupciones ni sobresaltos, les fue haciendo una minuciosa descripción de lo que era el ejército villista.

—Ese sí que es un ejército, un verdadero ejército

—decía enfáticamente—. Ni en los buenos tiempos del general Díaz se llegó a ver nada que se le pueda igualar. Cuánta gente, cuántos soldados, cuántos oficiales. . . Y todos bien vestidos, bien uniformados, con bastante dinero hasta para tirarlo a manos llenas. . . No crean ustedes que llegan robando o imponiendo préstamos como los carrancistas. Nada de eso. Pagan luego luego, al contado, y a veces hasta con oro o dólares legítimos. . . Pueden ustedes estar seguros de que a Carranza se lo llevó el diablo definitivamente. Todo el mundo es partidario de Villa y por todas partes se respira alegría. . .

El español, masticando nerviosamente su colilla de puro, escuchaba atentamente cuanto don Manuel decía y en sus ojillos vivarachos e inquietos resplandecía el entusiasmo que aquellas noticias le producían.

—¡Me cachis, don Manuel! ¡Ya era tiempo que hubiera alguien que pusiera en orden todo esto. . .! La verdad es que cuando yo supe lo del levantamiento del general Villa, creí que la cosa se iba a poner peor. . . Todo eso que usted nos cuenta es verdaderamente sorprendente. . .

—Ciertamente —replicó el hacendado—. A todos nos ha llamado la atención la rapidez con que los villistas han replegado hacia el sur a los ejércitos de Carranza. . . Pero se explica fácilmente: la División del Norte es tan poderosa, tiene tantos jefes valientes, que era materialmente imposible que los pobres carrancistas, hambrientos, sin armas y montados en mulas y burros, pudieran hacerle frente. . . Es tanto el miedo que le tienen a Villa, que en ocasiones ha bastado que a la hora de un combate alguien grite “¡Ahí viene Villa!” para que todo el mundo eche a correr. . .

Entusiasmados por el magnífico giro que tomaban los acontecimientos, y con motivo de la llegada del amo, aquel día se sirvió una abundante comida reforzada por los víveres y provisiones que éste trajo de San Luis y de los cuales se carecía desde hacía mucho tiempo en la finca. Como era natural, se siguió hablando de los continuos triunfos de Villa, de la disciplina de sus soldados, de su

artillería poderosa y abundante, y ya para terminar, a la hora del café, de los planes que había que desarrollar para dar principio a los trabajos de la hacienda.

Desde el día siguiente se notó un inusitado movimiento entre todos los trabajadores. Saliendo de la inercia a que se habían visto obligados durante tantos meses, iban y venían en todas direcciones, activos, con semblantes halagüeños, trasportando costales, herramientas y otras mil cosas más, y reparando las desvencijadas carretas que desde hacía más de un año permanecían abandonadas como si no se les hubiera de necesitar más.

También en la fábrica de vino comenzáronse con actividad los trabajos de una reparación general. Don Rufino, de magnífico humor porque ahora sí iba a poder trabajar con entera tranquilidad y en grande escala, como siempre había sido su deseo, dirigía él mismo el arreglo de las máquinas, alambiques y tuberías, y entre una orden y otra, aseguraba a cada momento a sus peones:

—Ora sí, muchachos, se acabaron los “carranclanes” y los sustos. . . El general Villa quiere que todo el mundo se dedique a trabajar para que haya mucho dinero y nadie se muera de hambre. . . Así es que ya lo saben: hay que darle de recio para que la fábrica esté lista cuanto antes y podamos vender hartos vinos. . .

Y para estimularlos en sus faenas, sacó de la amplia bolsa del pantalón de kaki un voluminoso rollo de los flamantes billetes expedidos por Villa, que don Manuel había llevado en su reciente viaje, y con ademán pródigo fue dando uno de a peso a cada uno de los peones.

—Éste sí es dinero del bueno, muchachos, no como aquel mugrero de cartones que nos trajeron las carrancistas. . . Ahí les regalo eso para que se los lleven a sus viejas. . . Pero ya saben: hay que trabajar duro para que esto quede terminado cuanto antes. . .

Don Pedro también disfrutaba de aquel optimismo general y desde muy temprano se iba al campo a vigilar que preparasen en debida forma las tierras de labor. La estación estaba ya muy avanzada y era difícil que se

podiera lograr una cosecha siquiera. Pero dejándose llevar por el entusiasmo, aseguraba que aún era tiempo de que se viniera una buena temporada de lluvias y, por si acaso, había que tener las tierras acondicionadas.

Accediendo a las continuas súplicas que su hija le hacía en sus frecuentes cartas, le permitió, al fin, que fuera a pasar unos cuantos días a la hacienda. La región estaba en calma y, según las noticias de los periódicos, los carrancistas, con su jefe, se habían replegado hacia Veracruz.

Desde que Guadalupe llegó, el silencio conventual de los amplios corredores de la casa de "La Providencia" fue interrumpido con alegres risotadas, voces de mujeres campesinas que iban a visitar "a la niña Lupe", mientras ésta, sentada a la fresca sombra de una bugambilia que trepaba desde el patio a la azotea, cosía o hacía labor de gancho, y chillidos de muchachos, hijos de los trabajadores, que iban a jugar un rato con ella y a llevarle cualquier insignificante presente.

Huérfana de madre desde pequeña, Guadalupe tenía un inmenso cariño por don Pedro y vivía en continua zozobra cuando las circunstancias la obligaban a estar separada de él.

—El pobre ya está muy viejo —decía ella— y cualquier día le puede suceder una desgracia. Y entonces ¿qué haría yo? Es lo único que me queda. . .

De estatura regular, trigueña pálida, de cabellos y ojos profundamente negros, labios finos y pequeños, y una admirable proporción de líneas en su conjunto, era aquella mujercita que apenas si llegaría a los veintidós años. Su genio, alegre y bullicioso, no le permitía estar callada un solo instante. Cuando no había alguien que le hiciera compañía, cantaba a media voz, con acento timbrado y dulce, alguna canción popular, de las cuales tenía abundante repertorio:

*Y pa qué me dice cosas  
si al cabo no me ha de cumplir,  
yo no soy como las otras*

CS/JS  
su

*que donde quiera se dejan ir...  
Usted nomás anda jugando  
y un día se va a quemar.  
porque el que con lumbre juega,  
muy pronto le va a pesar...*

Cuando su padre y don Manuel encontrábase ausentes, en el campo, le agradaba ir a platicar con don Juanito que se quedaba en la administración arreglando sus apuntes y papeles. Éste la miraba con respeto y devoción, y en su presencia apoderábase de él una especie de timidez que lo hacía decir "sí" a todo lo que ella le preguntaba.

Sabedora de las aficiones poéticas de don Juanito, hacía que le recitara algunas de sus composiciones que ella escuchaba entre complacida y compasiva, y cuando el tenedor de libros concluía preguntaba curiosa:

—Están bonitos los versos, don Juanito, están bonitos... Y éstos ¿a quién se los dedicó? ¿Quién es esa dama tan bella que le dio tanta inspiración?

Don Juanito, todo apenado, aseguraba que ninguna dama lo había inspirado y que sólo por matar el tiempo se dedicaba a escribir versos como aquellos.

—Pues está usted lucido, don Juanito —replicaba ella dejando escapar un gracioso suspiro—. Había usted de ir a San Luis para que vea nomás qué muchachas tan guapas hay allá... Allí sí que hasta ganas le darían de tener novia...

El tenedor de libros se reía mortificado y aseguraba que él no servía para esas cosas. Y cuando afirmaba ruboroso que él nunca había tenido una novia, Guadalupe decía como para darle tentación:

—¡Hum, don Juanito...! Pues entonces no sabe usted lo que es bueno...

Don Manuel había conocido a Lupe —como la llamaban todos familiarmente— desde que don Pedro se hizo cargo de "La Providencia". En aquel entonces, era ella una niña flacucha y anémica que se iba a pasar grandes temporadas al lado de su padre, para disfrutar de los aires del campo y fortalecer su salud quebrantada. El

hacendado era también, entonces, un muchachote apenas entrado en la edad viril que por la intempestiva muerte de su padre había tenido que asumir la dirección de sus negocios, como único heredero que era. Inteligentemente aconsejado por don Pedro había mejorado la finca, aumentando las cabezas de ganado que en numerosos rebaños recorrían las llanuras pastando y echando carnes, para ser vendidas a buen precio llegada la época de la matanza. Se hicieron, también, algunas obras de irrigación que convirtieron en laborables algunas tierras hasta entonces inservibles, y montó, además, la fábrica de vino mezcal que en épocas normales era fuente de pingües utilidades. Con esto, el capital que heredara de su padre se había casi duplicado, y muchos proyectos más hubiera llevado a la práctica si la revolución no hubiese venido a interrumpir intempestivamente el curso de los negocios.

El hacendado y Lupe se tomaron afecto, se trataban con la confianza que la edad juvenil y el vivir en una misma casa, hace que se prescinda de todo género de formalismos. Al principio, se estimaron como dos buenos amigos, luego, como dos hermanos, ya que ambos eran huérfanos, y en ocasiones pasábanse largas horas hablando de todo y de nada, como dos camaradas que se tienen mutua confianza y gustan de platicarse sus impresiones.

Cuando Lupe, en el curso de unos cuantos meses, transformóse de niña desmañada de líneas casi rectas y delgados miembros, en una encantadora mujercita de curvas ligeras e insinuantes, de labios rojos en los que el carmín no era necesario, de mejillas sonrosadas que acusaban el poder de una sangre nueva que en abundancia corría por todo aquel cuerpo que cada día dibujaba más la belleza de sus formas, don Manuel, hecho ya un hombre, se le quedaba mirando largamente sin comprender cómo era posible que aquella mujer tan hermosa, tan llena de gracia y de vitalidad, fuera la chiquilla enclenque y tris-tona que iba a la hacienda en busca de salud.

Entonces fue cuando él también se dio cuenta de que su afecto, su cariño de hermanos o de camaradas, como

él decía, había sufrido una transformación. Ya no quería a Lupe con la despreocupación de los años anteriores, ya no era para él una simple amiguita con la que le era agradable pasar el rato jugando a la baraja o al dominó; ya no veía en ella a la indiferente chiquilla que montada en un mal caballo lo acompañaba a veces en sus correrías por la hacienda inspeccionando las labores. Ahora era algo más, algo que le llegaba más adentro, al alma misma, y que le hacía comprender que la quería con amor, con un amor que insensiblemente se había ido apoderando de su ser y le gritaba imperiosamente reclamando sus derechos.

Tras de mucho reflexionarlo y luchando consigo mismo, al fin se decidió en una ocasión en que ella, con el libro entreabierto sobre las faldas, había interrumpido su lectura a la sombra de la vieja bugambilia en el amplio corredor de bóvedas conventuales.

—No te extrañe, Lupe, lo que te voy a decir —dijo tomando asiento cerca de ella—. Hace no sé cuántos años que nos conocemos y somos buenos amigos, casi hermanos. . . Entonces éramos los dos un par de chiquillos y ahora tú eres ya toda una mujer y yo un hombre. Yo no sé si tú habrás querido a alguien, que en cuanto a mí puedo asegurarte que hasta hoy nunca había encontrado ninguna mujer que me llamara la atención. . . Pero desde hace tiempo he sentido que mi cariño hacia ti, el cariño que bien sabes te he profesado siempre, ha aumentado, se ha transformado en algo que no puede ser otra cosa que el amor. . . He reflexionado bastante sobre esto, y ahora que me atrevo a decirte todas estas cosas sólo quiero saber de ti si estás dispuesta a que nos casemos. . . No necesitamos pensar mucho sobre esto, puesto que nos conocemos lo bastante para poder tomar una solución en unos cuantos instantes. . . Así, pues, tú eres la que tienes que resolver. . . Si crees quererme como yo te quiero, hablaré hoy mismo con tu papá y lo demás es cuestión de unos cuantos días. . .

Lupe escuchó con sorpresa cuanto Manuel le decía, con la mirada fija en las páginas del libro que iba volviendo maquinalmente, y aunque aquellas palabras no eran una

novedad para ella, porque ya se había dado cuenta por las miradas y la manera como la trataba del sentimiento que embargaba el espíritu de él, no encontró de pronto qué contestar.

—Yo no sé, Manuel... yo no puedo decirte nada... Es cierto que yo también te he tenido cariño siempre... Pero esto que ahora me dices, me toma tan de sorpresa, que necesito pensar, hablar con mi padre...

Él siguió hablando e insistiendo y sus palabras tenían un tono tal de persuasión, que ella no puso resistencia cuando él le tomó una mano y se la besó febrilmente. Aquella tarde, la conversación entre los dos se prolongó más que en otras ocasiones, hasta que las sombras del anochecer invadieron patios y corredores, y los gorriones, acudiendo de todas partes, se acomodaban en sus nidos y en las ramas de los naranjos y limoneros, rompiendo el aire con sus gritos desordenados...

Pocos días después tuvo lugar una larga conferencia entre el hacendado y don Pedro, en la que éste dio su consentimiento para aquellas relaciones y se convino en que la boda se celebraría en la capilla de la hacienda tan luego como se terminara la recolección de las cosechas...

Concedida la autorización, Lupe y Manuel se veían más frecuentemente que de costumbre y a veces, como en otros tiempos, ella lo acompañaba por los caminos de la hacienda montando una hermosa yegua que él había comprado ex profeso en una de las haciendas circunvecinas donde se dedicaban a la cría de ganado caballar.

La noticia del noviazgo se esparció rápidamente entre la gente de la hacienda y a todos les pareció admirable.

—Tenía que ser —comentaban las mujeres de los trabajadores—. ¿Quién mejor pa l'amo don Manuel que la niña Lupe que es rete chula y güena...? Esa pareja sí que parece hasta mandada hacer... No que a lo mejor se hubiera casao con alguna d'esas rotas de la ciudá que ni siquiera saben hacer los frijoles...

Mientras se hacían los preparativos para la boda, tanto ella como él sentían sus espíritus inundados por una

infinita felicidad. Eran dichosos, inmensamente dichosos, y las largas horas que en los atardeceres pasaban platicando en los corredores de la casa o a caballo por los caminos inmediatos, ocupábanlas en hacer planes para el porvenir.

Manuel sentíase animoso como nunca lo había estado. Sus negocios iban viento en popa y si sus proyectos no fracasaban, aquel año, entre ventas de ganado y cosechas, tendría utilidades por cerca de veinte mil pesos. Tenía pensado, para el nuevo año, una vez que ya estuvieran casados, hacer una reforma general a la casa de la hacienda. Había que modernizarla, decorarla, y llevar a ella todas las comodidades del confort moderno. Si no lo había hecho antes era porque todo aquello requería un desembolso fuerte, bastante fuerte, que hasta entonces no había estado en condiciones de hacer por haber dedicado las economías a otras necesidades imperiosas de la hacienda. Pero este año había sido magnífico, y antes de que se presentaran otros gastos urgentes estaba resuelto a dar principio a las obras de reparación.

Lupe escuchaba todos aquellos planes de Manuel como si se tratara de cosa propia, y cuando él le consultaba sobre la manera como a ella le parecía mejor tal o cual cosa, opinaba con la confianza de quien se siente ya formando parte de otra vida.

Intempestivamente todos aquellos proyectos fueron truncados por la noticia de la revolución que había estallado. Las partidas rebeldes empezaron a merodear por las haciendas llevándose ganados y cosechas, y en ocasiones incendiando las casas y los sembradíos. A los robos y los saqueos siguieron los asesinatos de hacendados y administradores, y tanto Manuel como Lupe tuvieron que salir huyendo de "La Providencia" en uno de los guayines, ante las continuas amenazas de asaltos inminentes.

Todos los negocios y utilidades que Manuel tenía en perspectiva para aquel año, quedaron en un solo momento reducidos a nada. Los trabajos agrícolas se paralizaron. Los rebaños que recorrían los campos alimentándose fue-

ron cazados por los alzados en armas, que en ocasiones se conformaban con quitarles la piel a las reses muertas, dejando abandonada la carne que no podían llevarse. La fábrica de vino dejó también de producir, y los miles de pesos que el hacendado había invertido en todo aquello, y que esperaba quintuplicar, quedaron convertidos en unas cuantas vacas y unas fanegas de maíz escapadas milagrosamente de la voracidad de los carrancistas.

A aquel desquiciamiento de todos sus planes de prosperidad, siguió para Manuel una época de grandes dificultades y estrecheces económicas que por momentos lo llevaban a la exasperación. Obligado a vivir en San Luis por los continuos asaltos de que eran objeto las haciendas, tenía que conformarse con las insignificantes sumas que de vez en cuando le enviaba don Pedro, producto de tal o cual pequeño negocio que había logrado hacer. Y así, en una paciente espera de que las cosas cambiasen y se pudiera volver a trabajar, habíanse pasado dos largos años en que los desórdenes revolucionarios no daban lugar a ninguna esperanza de que la normalidad se restableciera.

Durante todo este tiempo Lupe, que también se había refugiado en San Luis en la casa de una familia que desde pequeña la trataba y quería como hija propia, seguía queriendo a Manuel con el mismo cariño de antes. Ella era la que, a la hora de pasear juntos por las calles de la ciudad, que conservaban marcadamente el remoto sabor de la época colonial, trataba de calmar sus nervios en continua tensión.

—Hay que tener calma —decíale con voz cariñosa—. Esto no puede durar por mucho tiempo. Algún día volveremos a la hacienda y se podrá trabajar como antes. ¿Qué importa que esperemos un poco más? Tú sabes lo mucho que te quiero y por mí no te preocupes. . . Te esperaré lo que sea necesario hasta que los negocios vuelvan a ponerse buenos.

El tenía una absoluta confianza en el cariño de Lupe, pero le desesperaba que no fuera ya su mujer, que sus vidas no estuvieran íntimamente ligadas para siempre. Si

de él dependiera, en cualquier forma la hubiera hecho ya su esposa; pero ante la falta absoluta de recursos, no le quedaba más que esperar y conformarse, por de pronto, con aquellas entrevistas en la casa de ella o por las calles y jardines, como si fueran dos colegiales.

Aquel estado de cosas terminó con la llegada de los villistas a San Luis. Manuel se sintió contagiado del optimismo general y tan luego como otros hacendados, que estaban en idénticas circunstancias a las suyas, le dijeron que las autoridades militares estaban dando garantías para que se volviera a trabajar en las haciendas, se apresuró a recabar una orden por escrito, y sin pérdida de tiempo emprendió el viaje para "La Providencia".

Semanas después le siguió ella, y ya juntos en la hacienda contemplaban con ojos en los que se adivinaba al mismo tiempo que la sorpresa una profunda amargura, los destrozos que la revolución había hecho en la finca: muros derruidos; pequeñas casas para los trabajadores, incendiadas; canales de mampostería que servían para regar campos de labor, destruidos por la dinamita; los establos y las caballerizas convertidos en ruinas, sin techos, ni puertas, ni pesebres; la huerta en la que antes se erguían frondosos nogales y otros árboles frutales, era ahora tan sólo un enorme corralón árido y seco sin rastros de vegetación alguna.

Lo que más le apesadumbraba al hacendado era que la maldad de los revolucionarios hubiera llegado hasta el extremo de destrozar en parte el muro de la presa, aquel muro de grandes bloques de cantera labrada que tantos y tantos miles de pesos le había costado levantar y que ahora les hacía una falta enorme para dar principio a los trabajos de nueva cuenta. Mirando todo aquello exclamó con un suspiro ahogado:

—Esto es una ruina, don Pedro. No sé qué mal les habremos hecho a estos hombres para que nos perjudicaran de esta manera. . . En dos años acabaron con lo que mi padre y yo hicimos en veinte de trabajos continuos. . . ¡Qué difícil va a ser empezar de nuevo. . . !

—Y eso que esta hacienda fue de las menos perjudicadas —dijo el administrador como para consolarlo—. Si viera usted lo que ha quedado de otras fincas. . . En algunas ni siquiera la casa dejaron buena. . . Quemaban todo, señor, o lo volaban con dinamita. . . Parece increíble, pero es cierto. Eran unos condenados esos hombres, unos demonios salidos del infierno. . .

Con los pocos recursos que don Manuel trajo de San Luis se dio principio a la reorganización de los trabajos. Desde el alba hasta bien entrada la noche los hombres estaban ocupados en sus diversas labores, y las carretas, puestas nuevamente en servicio, y las pocas bestias de carga que habían quedado, cruzaban continuamente los caminos polvosos ayudando a los peones en sus tareas.

Aquel año ya no había esperanzas de poderse hacer algo de provecho; pero, en fin, peor era no hacer nada. El corte de leña y la talla del ixtle era, por de pronto, lo único que producía pequeñas entradas de dinero y daba ocupación a los escasos trabajadores que, soportando privaciones, habían permanecido en la hacienda. Porque los otros habíanse visto en la imperiosa necesidad de emigrar a diferentes lugares en busca del sustento necesario para ellos y sus familiares o se habían unido a las partidas de rebeldes que operaban en las inmediaciones.

No obstante la escasez de los elementos de que se podía disponer y las innumerables dificultades con que se tropezaba a cada paso, don Pedro se lanzó animoso y tenaz a aquella tarea de reconstrucción en la que había que luchar día a día, momento tras momento, con un suelo duro, arenoso y reseco, que parecía ser indiferente a todos los esfuerzos del hombre por hacerlo fecundar. . .

¡Y sin embargo, había que luchar, había que seguir adelante. . . !

El viejo administrador tenía fe en que algún día “La Providencia” volvería a ser, como antes, pródiga en sus frutos, y que por sus campos, cubiertos de abundante yerba, los ganados pasearían otra vez gordos y bien alimentados, luciendo al sol sus pieles tersas y lustrosas. . .

## V

Una noche cuando todos dormían en “La Providencia” con un sueño profundo y reparador que sigue a un día de penoso trabajo, fueron despertados intempestivamente por numerosas detonaciones de armas de fuego y una gritería desordenada y salvaje en las afueras de la casa. Aquello era como una multitud enardecida y furiosa que estuviera clamando venganza.

De pronto nadie comprendió de lo que se trataba. Don Manuel, el administrador, don Juanito y el español, salieron casi al mismo tiempo de sus respectivas habitaciones, en camisa, con los zapatos desabrochados y fajándose los pantalones, y se miraban unos a otros con el estupor pintado en los rostros.

—¿Qué sucede, ¿Qué sucede? —se preguntaban todos al mismo tiempo.

Nadie sabía nada. Habían tratado de mirar por las hendiduras de las ventanas que daban hacia afuera, pero la oscuridad era tan densa que no habían podido distinguir nada, como no fuera el fogonazo de los disparos entre las ramas de los mezquites.

En aquellos momentos apareció Apolonio que, brincando las bardas del corral, había logrado penetrar hasta la casa.

—¿Qué pasa Apolonio? ¿Quiénes son esos que gritan y están aventando balazos? —preguntó con marcada inquietud don Pedro.

—Son los revolucionarios, señor, los carrancistas que nos cayeron por sorpresa.

—¿Los carrancistas? Pero cuáles, si por aquí ya no quedaba ninguna partida de esas. . .

—Es la del cojo Timoteo que se quedó acorralada en la sierra. Yo lo vide bien a él a la hora de saltar la barda. . . Y si su mercé quere convencerse nomás acérquese un poco a la puerta y verá como gritan: ¡Viva Carranza! ¡Viva Timoteo López!

La fusilería arreciaba por momentos y cada vez se oía más cercana. Aunque la puerta principal estaba sólidamente reforzada con trancas y travesaños de hierro, no por eso el peligro dejaba de ser grande. Al enterarse de que era una partida revolucionaria la que atacaba la casa, don Manuel y los demás hombres que dormían en ella, corrieron a sus cuartos en busca de las carabinas que siempre tenían listas y al alcance de la mano.

Don Pedro, ya armado, se fue al cuarto de su hija a quien encontró vestida y presa del mayor espanto.

—¿Qué sucede, papá? ¿Son los revolucionarios?

—Sí, hija —replicó aquel tratando de dominarse para no asustarla más—. No te muevas de aquí y si oyes que los balazos se prolongan por más de media hora, te sales por los corrales y te vas al monte con Apolonio. Le voy a decir que ensille los caballos. . .

Y violentamente salió a unirse con los demás que ya iban subiendo a las azoteas por una escalera de madera que estaba apoyada contra el muro.

—¡Me cachis! —rugía don Rufino mientras se cercioraba de si su carabina estaba al corriente—. Estos bandidos son como la mala yerba, mientras más los matan más crecen. . . Hay que tirarles duro y a la cabeza, a ver si de una vez acabamos con ellos. . .

Cuando a los disparos de los asaltantes contestaron otros disparos de las azoteas de la casa, la gritería aumentó y las descargas se hicieron más nutridas. Los de "La Providencia", protegidos por el pretil de las paredes, disparaban únicamente cuando en la negrura que los envolvía lograban localizar, por el destello rojo de los fogonazos, algún sitio donde suponían que estaban escondidos los

rebeldes. Sólo los gritos amenazadores, las injurias y las maldiciones lanzadas por voces destempladas y aguardentosas, llegaban claramente hasta ellos y los hacían comprender que era bastante grande el número de sus enemigos.

—¡Ora, jijos de la...! ¡Defiéndanse si son tan hombres! ¡Ya sabemos que son villistas, desgraciados! ¡Bandidos “reaccionarios”! ¡Aquí queremos ver a ese terrateniente qu’isque era tan hombre cuando los “pelones”! ¡Y también a ese gachupín güey! ¡Bájense si son tan valientes! ¡No estén escondidos allá arriba como las gallinas!

El tiroteo se había prolongado por más de media hora y no tenía para cuando terminar. Tanto por una parte como por la otra, el fuego se sostenía vigorosamente. Un refuerzo de tres hombres, armados con pistolas, aumentó el número de los defensores de la hacienda. A veces, a la luz de los disparos, alcanzábanse a distinguir sombras humanas que agazapadas entre los matorrales próximos se iban acercando cada vez más.

De pronto, una llamarada y un humo rojizo rasgó la oscuridad a menos de cien metros de la casa. Todos miraron hacia el lugar donde aquel resplandor iba tomando mayores proporciones rápidamente e iluminaba con sus destellos una área que llegaba hasta donde los combatientes se encontraban.

—¡¡Recontra!! —gritó desesperadamente el catalán—. ¡Ya quemaron la fábrica esos desgraciados! ¡Me cachis! ¡Ora sí que me llevó la...! ¡Mal rayo los parta! ¡Bandidos! ¡Bandidos!

En unos cuantos minutos las llamas del incendio alcanzaron gran altura y a su alrededor esparcían una claridad tan fuerte como si fuera de día. Ya no era aquel un combate en las sombras, ya no se disparaba al acaso, sin saber dónde podían estar escondidos los revolucionarios. Ahora se les veía perfectamente, escondidos entre los chaparros y detrás de las cercas, con las cabezas descubiertas y los rostros descompuestos por el calor de la pelea.

Los de la hacienda podían ahora hacer disparos más

efectivos. En ocasiones se daban cuenta de cómo sus proyectiles hacían blanco, al ver desplomarse sin vida los cuerpos de los asaltantes en el mismo sitio en que se encontraban. En cambio, ellos hasta aquellos momentos, no habían tenido ni un solo herido. Pero el parque se les iba agotando. Unos cuantos cartuchos les quedaban en las carrilleras, y si en el tiempo que tardasen en dispararlos no lograban huir a los rebeldes, podían considerarse como perdidos.

Al darse cuenta de esto, don Pedro miró en torno suyo buscando a Apolonio para ordenarle nuevamente que pusiera a salvo a su hija. Pero éste ya no estaba allí. El administrador sintió una calma bienhechora en su espíritu y con toda tranquilidad volvió a ocupar su lugar junto al pretil para seguir disparando.

Cuando los rebeldes se dieron cuenta de que el parque empezaba a escasear a los de "La Providencia", acometieron con mayor empuje y estrecharon el círculo en que tenían encerrada la casa.

—¡Ora sí, muchachos! —gritó una voz que parecía la de Abundio—. ¡Ya ganamos! ¡Ya se les acabaron las balas a estos jijos, y ora es la nuestra. . . !

Como si aquellas palabras hubieran sido una orden para recrudecer el ataque, de todas partes, de entre los magueyes y nopales, de entre los matorrales y cercas; fueron saliendo grupos de revolucionarios, diez, treinta, cincuenta, que sin dejar de disparar avanzaban hasta ponerse a pocos pasos de los muros de la casa. Eran inútiles las descargas que se hacían sobre ellos. Eran inútiles las bajas que se les hacían, los heridos que por un momento se detenían para oprimirse con una mano el brazo, el hombro o la pierna heridos y de los cuales empezaba a manar abundante sangre, o los cadáveres que con un gesto de postrera blasfemia quedaban tirados en actitudes grotescas con los ojos entreabiertos.

—Si nos descuidamos —dijo alguien de los de la azotea— nos cortan la retirada. A mí ya se me acabaron los cartuchos. . .

Aquella advertencia los hizo volver a la realidad. Efectivamente, ya sólo unos cuantos cartuchos le sobraban a cada uno y en cambio los asaltantes cada vez disparaban mayor número de proyectiles que rebotaban contra las aristas del muro. Aquello no podía durar por mucho tiempo. Era cuestión de pocos minutos y había que tomar una resolución inmediata para salvar la vida.

—¡Ya nos fregaron estos bandidos! —exclamó de pronto el hacendado que veía perdida toda esperanza—. ¡Vámonos antes de que nos asesinen!

A un mismo tiempo bajaron todos precipitadamente de la azotea y corrieron a los corrales donde los esperaban los caballos ensillados. Montaron rápidamente en ellos y, hundiendo con fuerza los tacones en los flancos de las bestias, salvaron de un salto los morillos que cerraban las puertas del corral, emprendiendo veloz carrera por el accidentado camino que se alejaba hacia el monte.

Los animales, guiados por el instinto y perdidos entre una nube de polvo que el lejano incendio teñía de rojo, salvaban los obstáculos y como si se dieran cuenta de la gravedad del peligro que amenazaba a sus dueños, hacían esfuerzos poderosos por alejarse cuanto antes de aquellos sitios de lucha y de muerte.

Diez minutos habría durado aquella vertiginosa carrera, cuando a lo lejos se escuchó el trote de varios caballos que iban en la misma dirección. Don Pedro, acostumbrado a reconocer los diferentes ruidos del campo, aguzó el oído ayudándose con la mano que puso detrás de la oreja a manera de tornavoz.

—¡Píquenle a los caballos, que nos vienen siguiendo! —gritó para hacerse oír—. ¡Ya dieron con la huella esos bandidos!

Los caballos aumentaron la velocidad del galope y por un momento pareció que los perseguidores se habían quedado lejos. Pero poco después el trote se dejó oír más próximo, como si habiendo cortado por alguna vereda estuvieran a punto de darles alcance. Luego empezaron a escucharse detonaciones aisladas detrás de ellos y, de

vez en cuando, el silbido de las balas que pasaban a corta distancia. Gritos apagados, pero no muy lejanos, se oían vagamente, opacados por el ruido sordo de los cascos de los animales al chocar contra la tierra suelta.

Los disparos eran cada vez más frecuentes y las voces se escuchaban con mayor claridad.

—¡Párense, jijos de la...! ¡Párense o los matamos a todos! ¡Aquí no se escapa naiden porque pa eso hemos venido, pa que sepan que semos puros hombres...!

De pronto, don Pedro hizo un rápido movimiento con el brazo derecho, lanzando al aire la carabina.

—¡Ya me pegaron esos malditos! —dijo con voz ahogada por la fatiga—. ¡Ora sí ya no tuvo remedio la cosa...!

Y como con la mano izquierda se oprimía el hombro derecho del cual pendía el brazo como cosa inerte, su caballo empezó a disminuir la velocidad de la carrera.

—¡No se quede, don Pedro, porque lo amuelan! —le decían los otros tratando de continuar adelante—. ¡Aguántese un rato, que ya nos vienen alcanzando!

Fueron inútiles los esfuerzos del administrador por conservarse firme sobre la silla. Un dolor intenso en el hombro y brazo derecho lo hacía sufrir horriblemente a cada movimiento de su caballo. Algo caliente y viscoso le inundaba la espalda y el pecho, y una enorme debilidad se iba apoderando de su cerebro como si la oscuridad profunda que envolvía los campos se le fuese metiendo poco a poco.

De pronto se inclinó hacia un lado y aunque don Manuel, que iba cerca, trató de detenerlo para que no se cayera, como un cuerpo sin vida se fue ladeando más y más hasta que, dando un bote seco, cayó pesadamente sobre el suelo.

Menos de un minuto, unos cuantos segundos perdidos en prestar auxilio a don Pedro, fueron suficientes para que de entre las sombras saliera un grupo de hombres, diez a lo sumo, que lanzando gritos e injurias, y con los rifles listos para disparar, rodeó a los fugitivos apuntándoles con las armas.

Eran los rebeldes que les habían dado alcance y que con los rostros descompuestos y las miradas preñadas de odio y de rabia, los miraban tratando de reconocerlos entre la oscuridad que hacía imposible distinguir las facciones.

—¡Qué tal, hijos del demonio! ¡Aquí están sus meros padres! ¡Ora sí, a ver qué dicen! ¿Pos no que son tan hombres? ¿Por qué están tan callaos? ¡Ya teníamos ganas de verles las caras, hijos de...!

De entre aquellas sombras una, que parecía la del jefe, se adelantó amenazadora y con voz enronquecida por la rabia, dijo: —¿Quién es aquí ese infeliz dueño de “La Providencia”? Si es un poco hombre, que salga al frente porque tengo algo que arreglar con él... — Como nadie contestara continuó:

—Si no quiere que matemos a todos, que hable ese tal don Manuel, porque nomás a eso vine, pa tener el gusto de conocerlo... Se me afigura que no ha de ser tan cobarde que me tenga miedo...

Comprendiendo el hacendado el peligro que amenazaba a sus compañeros si permanecía callado, contestó sin moverse del lugar en que se encontraba:

—Yo soy el dueño de “La Providencia”. ¿Qué desea usted? ¿Quién es usted?

El rebelde acercó su caballo hacia donde don Manuel estaba, y esforzándose por penetrar la oscuridad con sus pupilas acostumbradas a ver en la negrura de la noche, lo miró fijamente, con mirada de odio y de venganza, y luego, echándole el aliento sobre el rostro, dijo pausadamente como si temiera que sus palabras no fueran bien escuchadas:

—Me alegro de conocerlo amigo... Hace tiempo que tenía ganas de encontrarlo nomás pa decirle que es un hijo... Yo soy Agundio Guerrero, el de “El Tecolote”... Yo soy el que usted andaba buscando cuando jue al rancho con los “pelones” desgraciados y se trajo presa a mi mujer... Yo soy el que usted dijo que se había robado los caballos de la hacienda pa que me jusilaran... ¿Se acuerda? Pos aquí me tiene ora, a ver pa que soy güeno...

Y como don Manuel y los del grupo permanecían inmóviles y en silencio, el rebelde prosiguió:

—Usted quería amolarme a la mala, y como no pudo, se conformó con llevarse a mi probe vieja y después de golpearla y abusar de ella, la dejó morir como un perro. . . Así son valientes ustedes, con las mujeres indefensas. . . Pero ora estamos cara a cara los dos y a ver quién es de veras hombre. . . No quero que digan que soy un cobarde y que lo mato a traición como usted quería hacerlo conmigo. . . Así es que defiéndase, porque aquí a cualquiera de los dos se lo tiene que llevar la. . .

A la luz de las estrellas relampagueó la pistola del rebelde que apuntaba hacia el pecho del hacendado; pero como éste no contestara nada, ni hiciera intentos de defenderse, aquél lo increpó:

—¡Le digo que se defienda, jijo! ¿O es que cree que porque tiene miedo le voy a perdonar la vida? Pos se equivoca. . . Lo mesmo que usted jue con mi vieja, seré yo con usted. Yo creiba que me iba a encontrar con un hombre de veras, no con un. . .

Un fogonazo rompió la oscuridad iluminando instantáneamente aquél cuadro de tragedia. El hacendado se inclinó suavemente hacia atrás, y cayó a los pies de su cabalgadura.

—A ver, tú —ordenó Abundio a uno de los que lo acompañaban—, hájate y enciende un cerillo pa ver si está bien muerto ese desgraciao. . .

Uno de los rebeldes echó pie a tierra y encendió un cerillo para alumbrar el rostro del hacendado, sucio de tierra y sangre. El proyectil había penetrado por el ojo izquierdo, vaciándolo, y detrás de la oreja había hecho otro agujero por el que la masa encefálica escurría lentamente en trozos blancuzcos y sanguinolentos.

—¡A éste ya se lo llevó la tiznada! Ni pa qué darle el tiro de gracia. . . —exclamó Abundio acompañando a sus palabras una carcajada burlesca.

Y luego, dirigiéndose a los compañeros del hacendado:

—A ustedes les perdonamos la vida, nomás porque no queremos que digan que semos asesinos. . . A éste —apuntando al cuerpo inerte de don Manuel— lo maté porque me la debía, porque él tampoco tuvo compasión con mi probe vieja. . . Y si ustedes quieren que les pase lo mesmo, nomás méntanse con los villistas y verán cómo les va. . . ¡Ya saben que Agundio Guerrero es puro hombre y no le tiene miedo ni al mesmo Pancho Villa!

Y lanzando un estentóreo grito de “¡Viva Carranza!” que fue coreado por los hombres que lo acompañaban, voltearon a un tiempo las riendas de sus caballos y a galope tendido, entre gritos y silbidos, se perdieron por entre los matorrales del monte.

Los de “La Providencia” quedaron inmóviles mirándolos ir, sin poder articular palabra. Don Pedro, pie a tierra y repuesto del desmayo, se agarraba fuertemente a la silla de su caballo para no caer, debilitado por la hemorragia abundante que le salía de la herida. Haciendo un esfuerzo supremo, dijo con voz velada por el agotamiento y la emoción:

—¡Qué remedio! ¡Hoy nos tocó la de perder! A ver cómo hacen para poner a don Manuel sobre el caballo, bien amarrado para que no se caiga. . . Y vámonos yendo poco a poco mientras amanece. . .

Entre don Juanito y el español colocaron el cadáver del hacendado sobre la silla del que fuera su caballo y lo aseguraron fuertemente con un lazo para que no se resbalara. Ayudaron luego a don Pedro a subir a su montura, y lentamente, lentamente, emprendieron el regreso a la hacienda, silenciosos y agobiados bajo el peso de su infinita pena. . .

Cuando a la vuelta de un recodo del camino levantaron la vista buscando a la pálida claridad del amanecer la casa de la hacienda, sólo pudieron contemplar una enorme columna de humo rojo que subía recta, hasta perderse en las alturas.

—¡Me cachis! —dijo el español—. ¡También han quedado la casa de la hacienda. . . ! ¿Qué llevan estos hom-

bres en el alma que nunca saben tener piedad para los vencidos. . . ?

El fúnebre cortejo se detuvo un momento. Todos permanecieron con los ojos fijos en aquella columna de humo que en la lejanía del horizonte les indicaba el sitio donde por tantos años habían sacrificado sus vidas, día tras día, en el penoso empeño de hacer que las tierras áridas produjeran su fruto. . .

Don Pedro levantó penosamente el brazo sano y con el dorso de la mano se limpió, en silencio, una lágrima que poco a poco iba cayendo por entre las arrugas de su rostro quemado por el sol de aquellos campos tantas veces regados con su sudor. . . Y haciendo un ademán que revelaba la inmensa fatiga que agobiaba su alma, murmuró quedamente:

—La desgracia nunca viene sola. . . Yo ya estoy viejo y no le tengo miedo a la muerte. . . Pero todo esto que sucede no es justo, no es justo. . . Vamos, pues, adelante y que sea lo que Dios quiera. . . Con tal de que a mi hija no le haya pasado nada. . .

El viejo dobló la cabeza sobre el pecho, oprimido por el peso de un terrible presentimiento. . .

El grupo reanudó calladamente la marcha y tras él fue quedando, sobre el polvo reseco del camino, un hilillo de sangre que gota a gota manaba de la cabeza del hacendado. . .